EMILIO COTARELO Y MORI
De la Real Academia Española.

SOBRE EL ORIGEN Y DESARROLLO

DE LA LEYENDA DE

LOS AMANTES DE TERUEL

SEGUNDA IMPRESIÓN AUMENTADA Y CORREGIDA

Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos»
Infantas, 42, Madrid.

SOBRE EL ORIGEN Y DESARROLLO

DE LA LEYENDA DE

LOS AMANTES DE TERUEL

POR

D. EMILIO COTARELO Y MORI

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SEGUNDA IMPRESIÓN AUMENTADA Y CORREGIDA

MADRID

TIP. DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS

Infantas, núm. 42.

1907

PROLOGO

DESEABA hace tiempo repetir la impresión del presenteopúsculo, no sólo por haberse agotado completamente la ya corta tirada aparte que de él hice [1], sino por creerlo de algún interés y no indigno de gozar los honores de la reestampa. Esperaba oportunidad que lo justificase, y la reciente publicación del *Cancionero de los Amantes de Teruel*, reunido por el ilustre turolense don Domingo Gascón [2], me la ofrece y aun me obliga á ello.

Alúdese reiteradamente á mi trabajo en el *Prólogo* (que subscribe D. Mariano Miguel de Val) del referido *Cancionero;* y por lo mismo que no son flores ni lisonjas lo que el prologuista me envía, debo entrar en algunas explicaciones hasta ver si logro esclarecer lo que por ahora, llamaré interpretación inexacta y confusiones del censor de mi trabajo.

---

1 Se publicó primero en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, número correspondiente á Mayo de 1903, págs. 347-377, y después un folleto aparte, 33 págs., en 4.º

2 Madrid, 1907, 8.º, XXXIX-150 págs.

Mal anda el Sr. de Val con los estudios históricos, cuando dice (pág. XIII) que «internarse en los intrincados laberintos de los orígenes fingidos ó verdaderos de la popular tradición es perder lastimosamente el tiempo», ignorando, al parecer, que uno de los grandes triunfos de la crítica moderna es el de haber reconstituído la historia, precisamente entresacando hechos ciertos y concretos de la enmarañada selva de leyendas, tradiciones y temas poéticos que antes formaban el núcleo de muchas narraciones históricas. Por otra parte, el examen bajo todos sus aspectos, y especialmente el histórico de asuntos poéticos como el de los *Amantes de Teruel*, es, hace años, ocupación de hombres eminentes en Alemania, en Francia, en Italia, en España misma, sin que á nadie, que sepamos, se le haya ocurrido decir que perdiesen lastimosamente el tiempo al producir obras que todos admiramos y ponemos sobre nuestras cabezas.

Bien que en punto á estimación que los trabajos históricos merecen al Sr. de Val da idea este otro parrafito de su prólogo (pág. XVII):

«El hecho más sencillo y hasta, si se quiere, vulgar, de los que diariamente leemos en la Prensa, en cuanto los poetas lo enaltecen... y *los historiadores lo discuten*, comienza á adquirir aspecto fabuloso y á tropezar con el peligro de ser unánimemente tenido por ficción.»

Es decir, que la historia sólo sirve para embrollar lo que está claro y hacer pasar por falso lo verdadero.

Las consecuencias de semejante modo de entender la historia no pueden menos de reflejarse en lo que sigue, párrafo en que se nos figura que el autor ha querido decir lo contrario de lo que dice:

«Cierto que los que recibimos una leyenda coronada ya por la aureola de los siglos y revestida de todas las

galas que poco á poco le ha ido poniendo la popularidad, debiéramos hacernos cargo de que cuando ocurrió el hecho á que se refiere, no sólo no tuvo, ni remotamente siquiera, el relieve y la importancia que luego se le ha dado, sino que hasta pudo pasar para las gentes inadvertido, en el cual caso la falta de documentos no sería razón bastante á justificar una negativa; *pero no sucediendo así*, fácilmente se explica que, despiertos los voraces apetitos de la investigación, *cuanto más se quiera indagar y descubrir, menos se logre saber*, mayores confusiones se originen y las contradicciones surjan y se acumulen, empezando por engendrar la duda y conduciendo *al fin, irremisiblemente*, al extremo de negarlo todo.» (Páginas XVII y XVIII.)

Si el hecho de que se trata, no sólo tuvo importancia y relieve en su realización y está apoyado en documentos fehacientes, ¿cómo es posible que el espíritu de indagación pueda llegar irremisiblemente á su negación absoluta?

Toda esta doctrina, ó lo que sea, parece traerse á cuento para considerar como una mala acción el querer discernir el fondo histórico de leyendas como la de los *Amantes de Teruel*, y de eso debo protestar en el propio y en nombre de los que cultivan estos estudios.

Precisamente por estar enamorado del asunto, subyugado por la delicadeza y fuerza de sentimientos nobles que revela el suceso, es por lo que traté de averiguar su exactitud y certeza. Pero ¿qué tiene esto que ver con la grandeza poética del tema, ni en qué se menoscaba con que el hecho que le sirve de origen resulte falso?

No han necesitado Tirso de Molina, ni Calderón, ni García Gutiérrez, ni el Duque de Rivas, que los argumentos del *Burlador de Sevilla*, el *Alcalde de Zalamea*,

el *Trovador*, ni el *Don Alvaro*, fuesen históricos para darles ese alto valor estético que trasciende y vivifica otras manifestaciones del arte. Debo advertir además que no he sido el primero en tratar históricamente el asunto de los *Amantes*, pues lo mismo hicieron Antillón (que también declaró falsa la leyenda), Villarroya, Gabarda, F.-Guerra, Hartzenbusch, y hasta el Ateneo Turolense promovió en 1895 un Certámen para averiguar lo que hubiese de cierto en este punto.

El hecho de no hallar plausible mi obra el Sr. de Val pudiera consistir acaso en que él sea partidario de la existencia real de Isabel y Marcilla. Pero, aun en esto, como en lo demás, su prólogo es confuso y contradictorio.

Así, mientras en la pág. XV dice: «Que el hecho ocurriera en el siglo XIII, á raíz de la cruzada de Federico II contra Jerusalem, ó en el siglo XVI, durante el reinado de Carlos V, en nada afecta á la poética entraña del asunto.» Y sigue enumerando por extenso las circunstancias diversamente referidas por los poetas, con lo cual parece no preocuparle la exactitud de ninguna de ellas. Ideas aún más claramente expresadas en otro lugar (página XXVIII) diciendo que «hasta la fecha no se ha dado, en definitiva, ni un solo paso que pueda asegurarnos el triunfo de la verdad en uno ú otro sentido».

Pero algo antes había dicho (pág. XX): «Los poetas que han cantado los amores de Isabel de Segura y Diego Marcilla han fantaseado á su gusto el hecho, sin preocuparse de coincidir en las circunstancias y detalles, con lo que tanto han contribuído á enredar y complicar el asunto.» Luego, en la pág. XXVI da como cierto el suceso, y en la XXXI, refiriéndose al texto apócrifo de San Pedro, dice que «los documentos más antiguos coinciden en fijar la muerte de Marcilla y Segura en el siglo XIII».

No le importa, pues, al prologuista que el hecho sea verdadero ó falso; lo esencial, por lo visto, era decir que el artículo mío era malo; más aún, que no era mío. Y si no, véanse estas *suaves* palabras de la pág. XXIX: «Lo único en el artículo de Cotarelo que no está tomado de los trabajos anteriores al suyo es la decidida afirmación... de que la historia de Marcilla y Segura no es más que una traducción adaptada á España del cuento *Girolamo y Salvestra*, de Boccaccio, contenido en su *Decamerone*. Hartzenbusch y Fernández-Guerra habían iniciado el asunto, diciendo el primero:» etc.

De suerte que ni aun eso me pertenece. Ahora bien; como el referido artículo es esencialmente crítico, la falta de novedad sólo puede estar en las ideas expresadas ó en las noticias y datos que fundamenten el juicio.

En cuanto á lo primero, deseo que el prologuista me diga en quién de los que me antecedieron en esta tarea se hallan las ideas críticas que conducen á negar que la conseja de los *Amantes de Teruel* sea una verdadera tradición (cap. I); el examen histórico y filológico de los documentos apócrifos en que aquélla se pretende fundar (cap. II); el estudio comparativo de los textos literarios en que se perpetuó la leyenda (capítulos III á V); la explicación de la existencia de las momias halladas en la capilla de los Santos Cosme y Damián (cap. VI); la apreciación de las demás obras históricas en el sentido allí estampado (cap. VII), y, por fin, lo que yo considero verdadero origen de la leyenda: esto es, las razones y argumentos en que lo fundo. Si nada de esto hay en las obras de mis antecesores, resulta evidente que en esta parte es mi trabajo nuevo y original, como puede comprobar cualquiera, pues las obras de Antillón, Gabarda, Hartzenbusch, Andrés, etc., son bien comunes.

Vengamos ahora á las noticias y datos. No he pretendido agotar la bibliografía relativa á los amantes de Teruel, citando en el texto sólo aquellas obras que, por introducir alguna modificación importante en el asunto servían á mi objeto. Claro es que tuve que hablar de textos y obras ya mencionados por otros, porque en ellos está consignada la leyenda (no había de buscarla en el *Código de Manú);* y así hube de volver á examinar el apócrifo de la iglesia de San Pedro; la falsa escritura de 1619; el poema de Yagüe, las obras de Villarroya y Gabarda; si bien todo ello con nuevas observaciones y desde puntos de vista no tomados antes por otro alguno.

Pero ¿quién produjo antes que nadie en este pleito el texto anónimo de 1599 contenido en la *Jornada* de Felipe III á Valencia, pasaje que utilizó el Sr. de Val, trasladándolo íntegro á su prólogo diciendo que «le encanta»?

¿Quién estudió por vez primera el texto del *Doncel de Jérica,* aunque citado, no conocido por Fernández-Guerra, Hartzenbusch ni D. Federico Andrés, que no dicen una palabra de su contenido?

¿Quién el primero examinó la tragedia de Artieda, que no lograron ver los que han escrito sobre esto, pues aunque el Sr. Andrés la juzga, son tan erróneas las noticias que da de ella que harto demuestra que no la ha visto?

Tampoco vió éste, y es el único que las cita, ni la *Comedia burlesca* de Suárez Deza, que supone es del siglo XVIII; el monólogo de *La casta amante,* que no sabe de quién es y dejó sin citar (ni él ni nadie) la *Mojiganga* de 1691, la *Relación burlesca para cantar;* calla ó no sabe el nombre de la autora del libreto de la ópera á que puso música D. Avelino Aguirre, ni menciona los folletos críticos á que dió margen la ópera de Bretón.

En cambio, todas y con precisión bibliográfica, como yo las di en mi folleto (cosa que no hizo el Sr. Andrés), hasta un libreto de ópera de Barbieri, que tenía mi difunto amigo Carmena, va enumerando el Sr. Val en su prólogo, y la única vez que me abandona es para equivocarse, al decir: «Al siglo XVIII pertenece también una tragedia anónima titulada *La Isabela*», cita que tomó del folleto del Sr. Andrés (pág. 61).

De las dos obras de este título escritas en el siglo XVIII ninguna es tragedia. Una de ellas pertenece, según Pastor Fúster (*Bib. val., II,* 269), al poeta valenciano don Francisco Bahamonde y Sessé (1750-1805) y la describe así: «17. *La Isabela:* comedia en tres actos, manuscrita, que se representó con aplauso en el teatro de Valencia.»

Y la otra es *La Isabela. Drama joco-serio en dos actos, por D. Luciano Francisco Comella, representado por la compañía de Manuel Martínez, en el mes de Febrero del año de 1794.* Madrid, Librería de Cerro, 28 páginas en 4.º y que, como fácilmente se comprende por su título, nada tiene que ver con nuestros *Amantes de Teruel.*

La que sí tiene relación con ellos es la tragedia *La Isabel,* en cinco actos, y que también ahora por primera vez se examina, como lo hacemos más adelante [1].

Creo haber demostrado que por cualquier lado que se mire, casi todas las cosas que contiene mi artículo son nuevas (ó lo eran cuando se publicó), y, por consiguien-

1 Igualmente se trae ahora, sin que haya figurado antes en ningún escritor de estas materias, una célebre parodia de *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch, titulada *Los Amantes de Chinchón,* escrita en 1848 por cinco distinguidos autores dramáticos de entonces.

te, no están tomadas de nadie; y que, por el contrario, el Sr. de Val es quien tomó de él la parte bibliográfica de su prólogo (en lo cual ha hecho muy bien), excepto los dos manuscritos que le facilitó el Sr. Gascón, uno de ellos ya citado por el Sr. Andrés.

El curioso perdonará estas minucias, porque es muy duro sufrir impasible que, con evidente error, se le diga al que publica un trabajo con su firma que lo ha tomado de otros.

Voy á responder ahora á los dos únicos cargos concretos que el Sr. de Val me hace: 1.º «Sin embargo, el Sr. Cotarelo, que alguna novedad había de procurar dar á su trabajo, se decidió en contra de lo afirmado por Hartzenbusch y por Fernández-Guerra, y sentando su opinión en la *falta de documentos* (¡siempre la falta de documentos!), dice que», etc.

En esto se engaña el Sr. de Val: lo que yo deploro no es la falta de documentos, sino la *sobra* de ellos, pues todos son falsos. El hallado por Antillón, el forjado después por Villarroya ó el amigo que se lo dió y el arreglado por D. Esteban Gabarda. Harto había declarado (pág. 5 del anterior folleto) que la carencia de historias coetáneas no es razón para negar la certeza del hecho, pues tratándose de uno tan particular no iban á contarlo quienes habían omitido tantos otros de carácter é interés generales. Lo que lamentaba es que se invoque como prueba una tradición que no existe, por las razones que ahora se repiten en el párrafo primero, después de este prefacio.

Pasemos al segundo cargo concreto: «Examinar el hecho en su fondo, como lo hace también el Sr. Cotarelo, y considerar «pasmoso que en el siglo XIII hubiese en »Teruel ni en parte alguna dos personas dotadas de sen-

»sibilidad tan exquisita, á quienes simultáneamente pu»diese causar la muerte el verse privadas una de otra», es desconocer *que esto ha ocurrido en todos tiempos* y que, no sólo la leyenda, la tradición y la historia nos hablan de sucesos análogos, sino también la crónica del día.»

Y á continuación ensarta seguidos el Sr. de Val los *casos* de Píramo y Tisbe, Hero y Leandro, Isis y Osiris, Perseo y Andrómeda; Accis y Galatea, Orfeo y Euribife *(sic)*, Filis y Demofonte, Paris y Elena, Laodamia y Protesilao, Safo y Faón, las dos Artemisas y otros semejantes.

¡Valiente manera de comprobar un hecho dudoso ó falso citando otros más falsos que él! Pero vengamos á cuentas: ¿Qué tienen que ver estos ni los demás sucesos novelescos y aun históricos que alega el prologuista con el de los Amantes de Teruel? ¿Por ventura algunos de aquéllos *se murieron involuntariamente y por duplicado* sólo por el dolor que causó en su alma la privación de pertenecerse? Todos los suicidios y asesinatos que el Sr. de Val recuerda son perfectamente semejantes á los que á cada paso nos cuentan hoy los periódicos de amantes despechados, celosos ó que no pueden lograr sus deseos. ¿Cómo iba yo á negar cosa tan evidente?

Lo verdaderamente insólito no es que un amante *se mate* por otro, sino que *se muera* de repente, sin enfermedad ni acto alguno personal que tienda á aquel fin. Esto es lo que engrandece, reviste con los colores de altísima poesía y hace único el suceso de los Amantes de Teruel; al menos yo no recuerdo ningún otro [1].

---

1 Sólo se parece el caso, que sin la debida precisión aduce el Sr. de Val (que sólo es preciso cuando yo lo he sido antes) como referido por Escalona en su *Historia de Valencia*. No tengo áni-

Y termina el Sr. de Val su lata y erudita excursión por los campos de la mitología universal y leyendas de la Edad Media, diciendo: «Puede, por tanto, asegurarse que *morir de amor* no ha sido ni se ha considerado nunca inverosímil hasta que el Sr. Cotarelo ha querido decir algo original é inaudito en su desdichado estudio *Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel.*»

Lo que puede asegurarse es la verdad de lo mucho que escasea aquel sexto sentido que consiste en hacerse cargo de las cosas.

Concluiré manifestando que no conozco al Sr. de Val, al menos su nombre no me trae á la memoria ninguna fisonomía conocida: puede que á él le suceda lo mismo conmigo. Sé que compone versos; alguna vez he visto su firma al pié de ellos; ignoro si son buenos ó malos, porque confieso (y no lo digo por desprecio) que no los he leído. Pero sean como quieran, me parece estar mejor en su terreno haciendo coplas que escribiendo prólogos eruditos. Así, él, que tanto aborrece la historia, no tiene que preocuparse de si hubo ó no hubo Homero, ni averiguar quién fuese Aben-Bassan (?), que esto es ya *meterse en historias.*

---

mos para registrar los dos enormes tomos del Escolano, que, ó no traerá el hecho, ó será una de tantas consejas como recogían los historiadores locales de aquel tiempo.

I

Las dudas.—La tradición.

El aspecto histórico, ó sea la parte de verdad que pudiera haber en el interesante y dramático asunto que lleva el nombre de Los Amantes de Teruel, recibió ya un rudo golpe, cuando, en 1806, el famoso repúblico D. Isidoro Antillón publicó, primero en el *Memorial literario* [1], y después en folleto aparte [2], sus eruditas y razonadas *Noticias históricas*.

Quiso aquel ilustre terolano investigar el verdadero fundamento de narración tan extraordinaria y, con no poca sorpresa, vió que el documento principal en que la tradición buscaba su apoyo era

---

1 Número 33, correspondiente al mes de Noviembre de 1806, páginas 1 y siguientes. Los Sres. Muñoz y Romero (*Dic. hist.*, página 259) y Fernández-Guerra (*Biogr. de Hartzenbusch*, pág. 44) dicen equivocadamente haberse impreso primero en las *Variedades de ciencias, literatura y artes*, de Quintana, donde no figura.

2 *Noticias históricas sobre los Amantes de Teruel, por D. Isidoro de Antillón, Madrid, Imprenta de Fuentenebro y Compañía, 1806.* 8.º, 48 págs.

falso: era apócrifo. Falsos y supuestos le parecieron también otros en que indirectamente se pretendía basar el hecho; halló sólo el vacío y el silencio más desconsoladores en los cronistas locales y en los generales de Aragón y, aunque dejando entrever su escasa confianza, encomendó la defensa de este pleito á lo profusamente extendido de la leyenda por toda Europa y á una tradición vaga, pero que algunos dicen ser constante en Teruel y sus cercanías.

Nadie, desde entonces, volvió á combatir seriamente el hecho; antes al contrario, reiteradamente salieron á luz defensas y más defensas de él. En 1838 el buen D. Isidoro Villarroya [1]; en 1842 y 1864 el abogado turolense D. Esteban Gabarda [2]; en 1843 y 1861 el insigne literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch [3], autor además del célebre drama

1 En el *Prólogo* de su novela *Marcilla y Segura ó los Amantes de Teruel. Historia del siglo XIII*, impresa dos veces en Valencia: la primera, por Cabrerizo, en 1838, 2 vols., 16.°, con láminas, y la segunda en 1875, librería de Aguilar, 8.°, 237 págs.

2 *Historia de los Amantes de Teruel, con los documentos justificativos y observaciones críticas del autor, por D. Esteban Gabarda, abogado. Valencia, Imp. de J. Ferrer de Orga, á espaldas del teatro, 1842*, 8.°, 123 págs. y un retrato de las momias.—*Historia de los Amantes de Teruel, por D. Esteban Gabarda. Teruel, Imp. de Vicente Mallen, 2.ª edición, 1864*, 8.°, 164 págs., con tres láminas.

3 Artículo en la revista *El Laberinto*, de Madrid, correspondiente al 16 de Diciembre de 1843, pág. 46, y *Prólogo* á la novela de Renato de Castel-León, titulada *Los Amantes de Teruel*. Madrid, 1861, 4.° Adicionó Hartzenbusch el artículo de *El Laberinto*, que reimprimió en este prólogo, con algunas noticias adquiridas después de 1843.

sobre el mismo asunto; en 1855 y 1890 el no menos ilustre y erudito D. Aureliano Fernández-Guerra [1]. Y, con todo, la creencia en la historia de Los Amantes iba cada vez debilitándose más, en términos que en 1895 el Ateneo turolense promovió un certamen para resolver de una vez qué grados de fuerza hay en la tradición relativa á este episodio amoroso. A pesar de los nobles y laudables esfuerzos de un distinguido paisano de los famosísimos amantes, tampoco calmó el ansia que había por desarrebozar esta misteriosa esfinge [2].

Tal vez entre por algo en esta incredulidad común el espíritu crítico y aun escéptico de la época; pero, en verdad, también debe confesarse que, ya que no haya pruebas satisfactorias, no son los mejores medios de comprobar un hecho inverosímil (aunque no imposible) los de añadir supercherías á supercherías, eludir las dificultades más evidentes ó no concederles la debida importancia. Esto por un lado.

1 Artículo publicado con el seudónimo de *Pipí* en el periódico *La España*, de 8 de Abril de 1855, con motivo de trazar una semblanza de Hartzenbusch. Reprodújolo con algunas adiciones en la colección de *Autores dramáticos contemporáneos* (Madrid, 1881) y en el folleto *Hartzenbusch: Estudio biográfico y crítico*. Madrid, Avrial, sin año, 64 págs., 8.º, con retrato y autógrafo, y en la biografía (que es esta misma) puesta al frente de las *Obras de Hartzenbusch* en la *Colección de escritores castellanos*, Madrid, 1887.

2 *Breve resumen de la historia de los Amantes de Teruel, por D. Federico Andrés, ilustrado con dibujos de Salvador Gisbert, Teruel, imp. de la Beneficencia, 1895*. 8.º, 78 págs.

Y venir ahora, después de más de tres siglos en que la narración del hecho ha sido fijada literariamente bajo diferentes formas, alegando una *tradición oral* es, ó parece, pobrísimo é ineficaz recurso. Esta clase de tradiciones tienen alguna fuerza en pueblos que carecen de literatura ó que, cuando llegan á tenerla, las recogen desde luego y las conservan entre sus más queridos recuerdos.

No es, ciertamente, razón bastante para negar la exactitud del suceso la de que los historiadores lo hayan omitido; porque, dada la concisión ordinaria de nuestros analistas, es obvio que no habían de consignar un acontecimiento de índole privada cuando tantos de mayor importancia han pasado en silencio. Pero sí resulta muy extraño que ni en los siglos XIV y XV ni en la primera mitad del XVI hubiese motivado ninguna alusión ni referencia, ni inspirado ningún cantar popular, ni romance, ni refrán ó modo proverbial, cuando tantos, de hechos de cuyo fondo ya ni memoria se conserva, subsisten aún bajo esta forma paremiológica.

Nadie se acuerda hoy de los casos y personas que conmemoran estos refranes del siglo XV [1]:

Arremetióse Morilla é comiéronla los lobos.
Domingo Jimeno por su mal vido lo ajeno.
El físico de Orgaz, que cataba el pulso en el hombro.
Fablad ahí, Antón Gómez.

---

1 *Obras del Marqués de Santillana.* Madrid, 1852, págs. 504 y siguientes.

Fácelo Haxa é azotan á Mazote.
Nos con daño é Marí Martín con querella.
Si bien Ibáñez, si non Pero como antes.

Y apenas si sabemos, ó creemos saber, el origen de estos dos, acaso por la elevada categoría de los interesados:

Al buen callar le llaman Sancho.
Obispo por obispo séalo Domingo.

Nada semejante hay en lo que á la historia de los Amantes de Teruel atañe. Aparece desde el primer momento completa, perfecta y fresca como si se tratase de un hecho reciente. Y así los primeros que lo consignaron creyéronlo sucedido en el reinado de Carlos V, hacia 1535, á raíz de la expedición contra Túnez.

Es también cosa reparable y que se opone á la constancia de la supuesta tradición la de que los primitivos narradores de la aventura terolense la cuentan de modo diverso, no en el fondo ó dato primordial, pero sí en algunas circunstancias muy esenciales. Punto es este en que no han parado su atención los que del asunto han escrito y que, como hemos de ver, tiene no escasa importancia.

Igualmente aparece desmentida esta persistencia tradicional por un testigo antiguo y muy respetable. En la época en que la difusión y celebridad de la leyenda amatoria eran mayores; esto es: á poco de publicar el secretario Juan Yagüe de Salas su poema de *Los Amantes de Teruel* (1616) escribía

el Dr. D. Vincencio Blasco de Lanuza, Penitenciario de Zaragoza, estas palabras:

«Ni quiero tratar aquí de lo que se dice del suceso tan sonado y tan cantado de Marcilla y Segura que, aunque no lo tengo por imposible, *creo certísimamente ser fabuloso;* pues no hay escritor de autoridad y clásico, ni aquellos *Anales* tantas veces citados, con ser particulares de las cosas de Teruel, ni otro autor alguno que de ello haga mención; si bien algunos poetas le han tomado por sujeto de sus versos, los cuales creo que si hallaran en archivos alguna cosa de esto, ó si en las ruinas de la parroquial de San Pedro de Teruel (queriéndola reedificar) se hubiera hallado sepultura de mármol con inscripción de estos amantes no lo callaran» [1].

Ya hemos dicho que el silencio de los historiadores, aunque significativo, no es resolutorio; pero si hubiese tradición antigua no dejaría el doctor Blasco de referirse á ella, aunque fuese para combatirla; mientras que, por el contrario, sólo se refiere á Yagüe y demás poetas que escribieron sobre dicho tema.

Por otra parte, muchas de estas llamadas tradiciones no son otra cosa que recuerdos incompletos,

1 *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón, por el doctor Vincencio Blasco de Lanuza, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet* Tomo II, 1619, fol.—V. lib. III, cap. XIV.

y bárbaramente desnaturalizados por el pueblo, de algunas obras literarias. Varias de las *tradiciones* relativas al rey D. Pedro son debidas á las comedias de Lope, Vélez de Guevara ó Claramonte. El romanticismo fué entre nosotros gran creador de esta clase de tradiciones, que los novelistas y poetas aplicaban á un viejo torreón, á un barranco, á cualquier objeto natural ó artificial. Los habitantes del lugar favorecido se enteraban por la lectura de que tenían, sin saberlo, aquel tesoro legendario y luego se lo repetían cándidamente á todo el viajero que llegaba á sus puertas. El mismo Sr. Gabarda afirma que el criado de Marcilla, según una tradición viva aún en Teruel, se llamaba Camacho; y este es justamente el nombre del lacayo en la comedia de Montalbán, de donde lo tomó el pueblo, cuando en los siglos XVII y XVIII vió representar esta pieza, tan frecuente entonces en nuestros teatros como hoy olvidada.

Todo lo hasta aquí dicho no tiene por objeto negar en absoluto la existencia y verdad de las tradiciones no escritas cuando suelen recogerse de cualquier modo en las literaturas incipientes, sino establecer una prudente desconfianza sobre estos medios de comprobación de sucesos raros ó anómalos.

Vienen luego en apoyo de la realidad histórica de la pareja terolana, rival en fama de la veronesa, la presencia de las momias ó esqueletos de los presuntos amantes en la iglesia de San Pedro de

Teruel y las obras poéticas á que han dado nacimiento.

A estos puntos consagraremos algunos renglones que, á la vez, serán explanación de las ideas apuntadas al principio.

II

Los documentos.

Es el primero y principal cierta narración en prosa que Antillón encontró en el archivo de la iglesia de San Pedro [1]. Ningún carácter de autenticidad en lo externo ofrece este papel, que consiste en una copia simple y moderna; «de letra de ayer», como Antillón la califica. Se dice tomada de otra escritura antigua del archivo de la ciudad, en donde no existe [2].

En cuanto á su contenido, obsérvase sin gran dificultad que se trata de una superchería. Empieza la relación ó historia de los Amantes imitando el lenguaje antiguo, en estos términos:

---

1 Antillón la copió íntegra al principio de sus *Noticias* (páginas 5-20); se reprodujo en el *Semanario pintoresco* de 1837 (página 44) y la trasladó también Gabarda en su *Historia*.

2 En un índice, también moderno, de papeles del Ayuntamiento de Teruel, hay la nota «Papeles sobre los amantes»; pero no existen tales papeles, ni de la nota se deduce que si los hubo fuesen antiguos. Probablemente sería introducida por el mismo que forjó la historia del archivo de San Pedro.

«E pues decimos de males y guerras, bueno es digamos de amores. Nos feitos más verdaderos en Teruel está el de un joven llamado Diego Juan Martínez de Marcilla, de unos veinte y dos años. Enamoróse de Isabel de Segura, hija de Pedro Segura: el padre no tenía otra, era muy rico: los jóvenes se amaban muy mucho, en tanto que vivían afanados; é dixo el joven cómo deseaba tomarla por muller, é ella respuso, ciertamente el deseo de ella era aquel mateix, empero que supiés que nunca lo faría sin que su padre y madre se lo mandasen.»

Poco á poco va abandonando el autor esta *fabla* y acaba por expresarse en lenguaje corriente hoy mismo. Pero como en la relación se intercalan literalmente muchos versos del poema de Yagüe de Salas y suena copiada en 1619, aunque de un manuscrito muy antiguo, y se da á Yagüe como uno de los testificantes de la copia, no necesitó más Antillón para atribuir al propio Juan Yagüe esta falsedad.

A nuestro parecer, la invención es muy posterior al buen notario y, si tomaron sus versos y aun le hicieron suscribir el documento, fué para autorizarlo, pues era sabido que Yagüe había sido secretario del Cabildo municipal de Teruel y pensaron que nada más propio que la deducción de que Yagüe se hubiese servido y hasta versificado un texto de tanto precio que tenía bajo su custodia.

Como Antillón había demostrado la falsedad de esta historia, fundado principalmente en la dife-

rencia de estilos y lenguaje, se trató de remediar este descuido del primitivo falsario. En 1838 publicó D. Isidoro Villarroya, como hemos dicho, su novela *Marcilla y Segura* y, en el prólogo, manifiesta haber hallado una persona, que no nombra, ciertas *Notas originales* del pobre y zarandeado Juan Yagüe, en que la historia de los Amantes se cuenta por modo muy abreviado y *toda* en *fabla* antigua.

Apelando al conocido recurso de: «está roto», «falta una hoja», «rasgado», para eludir los escollos de algunos pasajes en que había zozobrado el primitivo componedor, hecho que se repite *catorce veces* en una relación que no ocuparía más de un par de hojas en el original, hilvanó Villarroya, ó quien fuese, su nueva versión del documento, cuyo principio ó parte antigua copia literalmente y así lo imprimió en dicho prólogo. Y tan satisfecho le dejó su obra, que no vacila en afirmar que si Antillón le hubiera conocido habría pensado de modo distinto en la materia, «supuesto que esta [copia] conserva hasta el fin el estilo y locución anticuado, cuyo lenguaje pertenece al siglo XIII á que se refiere». Alguno afirmó después que era del XV; pero en realidad no es ni de uno ni de otro, sino una jerigonza formada por frases y vocablos antiguos, castellanos y provinciales de Aragón y Cataluña. También este traslado se dice ser de 1619.

La versión de Villarroya no satisfizo enteramente á D. Esteban Gabarda, quien, aunque la

reprodujo toda en su *Historia*, no lo hizo sin intercalar ya algunas palabras, ya una cláusula entera ó ya nuevos pormenores, y alguno de interés por repetir especies de la más antigua forma de esta historia [1].

No sabemos si á estas horas algún otro devoto de la leyenda turolense habrá hallado nueva redacción de tan asendereado texto, pero creemos que con lo dicho basta y sobra para apreciar el valor histórico que debe dársele.

Dejando ya el torcido y obscuro camino de las falsificaciones, vengamos al claro y recto de las obras auténticas.

¿Cuándo aparecen por primera vez el nombre é historia de los Amantes de Teruel en nuestros escritores?

---

1 Por ejemplo el episodio relativo á que el medio de que Isabel se vale para declarar á su esposo la muerte de Marcilla es fingir que lo había soñado como ocurrido á otra persona; incidente que, como veremos, pertenece también á la primitiva forma de la leyenda.

La nueva redacción dada por Gabarda al papel de la iglesia de San Pedro hállase además en el artículo de Hartzenbusch en *El Laberinto* de 1843 y en el prólogo del mismo á la novela de Castel-León.

III

Las primeras obras literarias.

No podemos determinarlo exactamente [1]. La primera obra de fecha cierta que ha llegado á noticia

---

1 Don Pascual de Gayangos, en una de sus notas á la traducción castellana de la *Historia de la literatura española* de J. Ticknor (tomo III, pág. 396), cita una rarísima obra que vió en 1838 en la biblioteca que en su palacio de Blenheim, en Inglaterra, poseían los Duques de Marlbourough. Se intitula *Historia lastimosa y sentida de los dos tiernos amantes Marcilla y Segura, naturales de Teruel, ahora nuevamente cōpilada y dada á luz por Pedro de Alventosa, vecino de dicha ciudad.* Es en 4.º, de 16 hojas á dos columnas, letra gótica, sin año ni lugar de impresión (hacia 1555, según Gayangos), y va dividida en tres partes. Está escrita en redondillas y tiene la forma y aspecto de las historias populares que corrían por aquel tiempo.

Aunque no creemos, que en lo esencial, altere esta *Historia* lo ya conocido sobre los *Amantes de Teruel*, principalmente porque su contenido debió de pasar á los que escribieron cerca de Alventosa, sería muy útil conocer su texto. Si alguno de los hispanistas ingleses, por ejemplo el Sr. D. J. Fitz-Maurice Kelly, tan perito en toda clase de investigaciones literarias, tuviese ocasión de emprender ésta, se lo agradecerían los verdaderos aficionados de España.

Entre las poesías latinas y no publicadas por D. Ignacio de Asso, pertenecientes al poeta aragonés, hijo de Calatayud, el doctor Antonio Serón, hay una silva, la tercera, en que trata este asunto de los *Amantes de Teruel.* Cítala Latassa (pág. 189 del tomo III de la nueva edición de su *Biblioteca*) como existente en la entonces Biblioteca Real.

A raiz de publicar en 1903 mi estudio advirtióme un amigo, gran conocedor de los papeles manuscritos de la Biblioteca Nacional, por haberla servido varios años, que aún se conservaban en ella los manuscritos de Serón. Los busqué y leí el poemita

nuestra es la titulada: *El pelegrino curioso y grandezas de España*, compuesta por Bartolomé de Vi-

---

de los *Amantes*, del cual existen el original y una copia del siglo XVIII. Lleva el primero la signatura 3.663 y contiene, ademas del largo poema histórico de Aragón, dedicado á Felipe II, otros muchos versos latinos y las 12 silvas á Cintia. Empiezan al folio 105 y acaban en el 163, pero la silva XII queda incompleta. En la primera consta la fecha 1566.

El título de esta obrita, que ocupa los folios 126 vuelto á 134, es: *Sylva 3 ad Cynthiam, in qua infelicissimus amorum finis Marzillae Sanchez, ex formosissimae Segurae turiolanorum civium describitur.*

No se puede fijar el año de su composición, pues, aunque al principio de todas las silvas se puso la fecha 1566, no es creíble que, dada su extensión, las escribiese todas en este año, y mucho menos cuando en el mismo y los dos siguientes aparece trabajado, y quizá no del todo, el enorme poema de Aragón.

Sólo cita los nombres de la dama, á quien llama Segura sin más aditamento, y al galán, al que denomina indistintamente Marzilla Sánchez ó Sánchez Marzilla.

Forman el contexto del poema una serie de declamaciones que se suceden sin interrupción y sin que pueda uno darse cuenta de cómo han pasado las cosas.

Empieza Marzilla, ó el autor en su nombre, lamentando sus penas y rogando á Segura corresponda a su afecto. Declárale su amor la joven, y, á la vez, un triste sueño cuyo alcance y sentido desea penetrar, y acaba otorgando un anillo de oro á su amante. Sin la debida preparación vienen luego las imprecaciones de Segura al saber que su padre la casa con otro, y curiosa comparación entre ambos pretendientes. Sigue otro discurso del autor condenando tal boda, y, sin intermisión, toma Marzilla la palabra y prorrumpe en mil quejas y apóstrofes á su amada, hasta que cae muerto. Rápidamente cuenta el autor que lo condujeron al templo, donde se presenta Segura, y después de un enfático y pedantesco discurso que el autor pone en sus labios, expira también, ordenando antes que la sepulten con su amante.

Ni cronología, ni orden de sucesos hay en este poema. El autor supone conocido el asunto y sólo cuida de intercalar sus versos con otros muchos tomados principalmente de Virgilio.

llalba y Estaña, «doncel vecino de Jérica», personaje de quien no tenemos otra noticia [1]. En este curioso libro, escrito ó terminado en 1577, intercala el autor un largo poema histórico, de unos 5.500 versos, acerca de los célebres amantes. Veamos, en resumen, cómo refiere el caso.

Coloca su principio en la era 1280, ó sea en el año 1242, y llama á los dos jóvenes Marcilla y Segura, sin otro sobrenombre ni aditamento.

Se habían criado juntos; él era pobre, músico y cantor; y cuando quiso casarse con su amada, los padres de ésta se la negaron. Segura le consuela é indica que se marche *á las Indias* ó á Italia y busque la riqueza que necesita, que ella le esperará siete años. Acepta; se juran mutua fidelidad, y él parte.

---

1 *El pelegrino curioso y grandezas de España por Bartholomé de Villalba y Estaña, donzel vecino de Xérica. Publícalo la Sociedad de Bibliófilos españoles.* 4.º, tomo I, Madrid, 1886, XVI-446 págs., y tomo II, Madrid, 1889, XIX-323, págs. La licencia para la impresión, que no se hizo, de la obra es de Diciembre de 1577.

El poema de *Los Amantes de Teruel* ocupa desde la pág. 113 á la 272 del tomo II, y principia:

> Canta los amores, suave musa,
> que en Teruel ciertamente sucedieron
> y dos muertes no vistas ni aun oídas,
> dos fines en el mundo inusitables...

La obra no tiene mérito particular; es desigual; llena de comparaciones absurdas ó extrañas, de frases inauditas, de digresiones, anacronismos y errores. No es tampoco muy seguro que respetase la forma en que Alventosa dió la leyenda por el carácter invencionero que revela este *Doncel de Jérica* en otras cosas de su viaje por España y Portugal.

Segura (no le da nombre) vistió hábito, no salió de casa ni habló con galán hasta que transcurrieron los siete años.

En tanto Marcilla pasa á Valencia, á Toledo, á Alcalá la Real «á cazar moros» y mató cien en el primer día. Todo en este poema es exagerado. Compara las fuerzas del joven con las de Céspedes; cuando suspira suena el suspiro como espantoso trueno; si llora, sus lágrimas corren como la lluvia por los canales de las casas. Marcilla llega á la Vega y pone espanto á toda Granada. Salen á él das valientes y principales moros: vence al uno y hace treguas con el otro por complacer á la mora su amada, no sin haberle puesto antes á punto de sucumbir. Y como al otro día no viene ninguno á lidiar con él, abandona la Vega y pasa á Italia. Hay que advertir que aunque el autor fijó la fecha de 1242 al principio de estas aventuras, los moros con quienes lucha son del siglo xv y parientes del Rey Chico (Boabdil), que mandaba en Granada. Por otro lado dice que Marcilla estuvo tres años en Castilla favorecido por el Rey *de León*.

En Italia reinaban el Papa Juan XXI (1276-1277), el Emperador Rodulfo (1273-1291) y en Nápoles Carlos (de Anjou: 1266-1300): ya estamos bien alejados del 1242. Llegó á Roma cuando coronaban al Papa Nicolás (por lo visto Nicolás III: de 1277 á 1281). Entre los italianos realizó grandes proezas, que el autor dice «pasa entre ringlones» y trató de volver á Aragón. Faltaban seis meses para

expirar el plazo, según la cronología de Villalba, y se embarcó en Venecia para Barcelona. Tempestades continuadas que le impiden tomar ningún puerto acaban por arrojarle hasta Lisboa «al cabo de año y meses de tormenta» (¡durar es!) llegando á dicha capital nueve meses pasados de los siete años fatales.

En tanto, un pretendiente de Segura finge, por medio de un pasajero, la muerte de Marcilla; presenta su testamento, escrito «en la lengua toscana muy limada», y se le cree difunto. Los padres mandan á Segura que se case, y ésta obedece sin dificultad eligiendo uno de seis pretendientes que le quedaron, «desechados los zánganos inútiles».

Marcilla desembarca; toma postas corriendo y anda cuarenta leguas el primer día, llegando el mismo de la boda. Ocúltase en casa de una tía suya sin que nadie le viese ni conociese, salvo Lupercia, una perrilla blanca de su tía. Sabe la triste nueva y, embozado, se encamina á casa de Segura. Topa con Eufrasia, criada de la joven, que le conduce á la alcoba y él se mete debajo de la cama.

Llega la novia sola y acuéstase sin luz. Marcilla á tientas toca su cuerpo; ella, sin asustarse poco ni mucho, se limita á preguntarle, al que le tocó, quién es. «Marzilla el mancillado soy, señora», contesta él. Entonces Segura, como lo suponía difunto, implora el auxilio del cielo. La persuade él de que no ha muerto, inculpándola por su falta de constancia. La doncella alega el hecho consumado

y él le pide un beso que le niegan. Llega el esposo: Segura se finge enferma y consigue que, sin más, aquél se duerma. Llama luego á Marcilla, y no le responde; levántase la joven y hállale frío y rígido. Grita, despierta el marido y le refiere todo el suceso. Entre los dos cargan con el cuerpo de Marcilla y le dejan en el umbral de la casa de sus padres.

Al día siguiente sorpresa general, duelo y entierro en la iglesia de San Pedro, donde apresuradamente entra una mujer enlutada que se arroja sobre el cadáver y, después de un largo é impropio discurso, expira sobre él. Al separarla, es reconocida por todos; los enterraron juntos, y el poeta añade:

Eternamente han de ser loados
los tales, si mis versos pueden algo.

No cita ni los nombres ni las familias de los padres de los enamorados, ni el del marido de Segura. En cambio dice que el *Capitán* de la ciudad se llamaba D. Diego Celada.

Como esta obra permaneció inédita hasta nuestros días, no es de suponer que, aunque no fuese, tal vez, desconocida, ejerciese grande influjo en los que después trataron el mismo tema.

Sin embargo, algo de común (no en el fondo, que eso tiene que ser forzoso, sino en pormenores singulares) tiene con la tragedia titulada *Los Amantes*, publicada en 1581 por el famoso poeta

valenciano Micer Andrés Rey de Artieda [1], obra que, si como dramática tiene grandes defectos, es sumamente curiosa bajo el aspecto histórico que ahora nos interesa.

Según la relación que el mismo Marcilla hace, se crió junto con Sigura (así la nombra), como primos y pared en medio ambas casas. Retiróla su padre luego que se enteró de su afición mutua, y se la negó en matrimonio fundándose en que eran muy niños. Marcilla se ausenta, embarcando en Palamós para el Africa, permaneciendo los siete años que le habían dado de plazo en Túnez, donde ganó de los moros grandes tesoros á punto que pudo regresar con cincúenta acémilas cargadas de riquezas.

Llega á media milla de Teruel pasado el plazo una ó dos horas, momento en que principia la obra. El Conde de Fuentes se presenta á saludarle y le noticia que se hacen grandes fiestas en Teruel por el casamiento de Sigura, novedad que deja á Marci-

1 *Los Amantes.* | *Tragedia, compvesta por Micer An-* | *dres Rey de artieda.* | *Dirigida al Illustre Señor Don Thomas de* | *Vilanova, Mayorazgo y legitimo suces-* | *sor en las Baronias de Bicorp y Quesa,* &. | (Escudo del Mecenas.) *En Valencia, en casa de Pedro de Huete, 1581.* A continuación va un soneto de don Miguel Ribelles y luego la dedicatoria en tercetos. Principia:

Escauro edificó el primer teatro

Tiene 17 personajes. Al fin lleva unos versos que dice la Fama, y una aprobación de Fr. Juan Bautista Burgos, fechada en San Agustín de Valencia á 9 de Febrero de 1581. No tiene paginación; acaba en la segunda hoja de la signatura E-3. En todo 40 hojas.

lla como es de suponer. Envía delante á su criado, que verifica la exactitud de la noticia, y luego se presenta él mismo y da el parabién á los novios. Habiendo quedado solos Marcilla y Sigura, se desarrolla una escena de quejas bastante vivas entre ambos; ella se disculpa por haber concluído el plazo; él la censura por su falta de amor, pues no quiso esperar siquiera un mes.

Marcilla se retira á su casa lleno de dolor. Sigue una original escena entre él y Laín, su criado. Pídele á éste un Horacio y un Virgilio que dice va á traducir; se cansa pronto, toca el laúd y canta un soneto. Nada le consuela. Celébrase en su casa un banquete con sus parientes que vienen á felicitarle por su regreso, y, antes de concluir, levántase Marcilla y marcha á casa de Sigura á la velada nupcial. Aprovecha la confusión y el ruido para esconderse tras la cama de los novios. Llegan éstos: Sigura pide á su marido la respete un día, citándole ejemplos de Alejandro y de Escipión. Sigue un monólogo de Eufrasia, que escucha, ve y dice lo que en la alcoba pasa entre Isabel y Marcilla, porfiando éste por darle un beso, hasta que lanza un ¡ay! de muerte. En la escena siguiente ya está el marido enterado de todo, y auxiliado de Sigura conducen el cadáver á la puerta de su casa, la joven muy preocupada de que nadie se entere.

En el *auto quarto* hallan á Marcilla su padre y criados; escena de aflicción y conducción á San

Pedro del cuerpo del amante. Vienen luego unos lamentos de Sigura en hermosas quintillas, y acaba por resolverse á marchar á la iglesia á darle el beso pedido. Monólogo de Eufrasia para preparar la escena en que, ya dado el beso, muerta y conocida Sigura, los parientes del marido le reprenden por su flema ante aquel ultraje. Este les refiere todo el caso; el *Gobernador* manda les entierren juntos y se les haga un sepulcro de mármol.

Como se ve, de igual modo que el Doncel de Jérica, hace Micer Andrés á Marcilla una especie de trovador, á quien sus méritos y su esfuerzo dan la fortuna. La acción de la tragedia pasa en tiempo de Carlos V, desde 1535, fecha de la jornada de Túnez. Otra coincidencia con Villalba es el nombre de Eufrasia, que lleva la confidenta de Isabel, que aquí es prima y no criada suya.

Seguimos ignorando los nombres y familia de los enamorados y del marido de Segura. No hay que olvidar que también, y como mantenedor del torneo de boda, figura un Conde de Fuentes. Es asimismo de notar que las dos escenas culminantes de la tragedia: la de la cama y la de la iglesia suceden entre bastidores y son referidas en monólogos de Eufrasia y del marido de Isabel; por donde se ve el respeto que Artieda profesa á la versión corriente del suceso y, en cuanto á la primera, el concepto que tenía del decoro teatral, pues no se atrevió á suprimirla ni á modificarla, como hicieron los demás poetas dramáticos.

Muy pocos años después [1], en 1588, imprimía en Alcalá de Henares el luego célebre médico de Felipe III y Felipe IV, Jerónimo de Huerta, su poema *Florando de Castilla, lauro de caballeros* [2], que había escrito á los catorce años, cosa verdaderamente asombrosa, pues tiene el poema cerca de 8.000 versos, la mayor parte en el difícil metro de la octava real. En esta obra intercaló el autor, en el canto IX, *La celebrada historia de los Amantes de Teruel Marcilla y Segura.*

El suceso está contado rápidamente en 57 octavas, con algunas variantes de interés y en el tenor siguiente: Marcilla y Segura (una sola vez le llama Isabel) se criaron juntos y amaron desde niños. El padre de ella, notando esta inclinación, recogió á su hija y negó luego su mano al padre de Marcilla, con pretexto de que eran todavía muy jóvenes, aunque era en realidad la causa ser Marcilla po-

---

1 También por entonces escribía el famoso poeta Pedro Laínez, natural de Teruel, según un pasaje algo obscuro del poema de Yagüe, y amigo de Cervantes. En el manuscrito de sus versos, que en Granada poseen los Duques de Gor, hay un pasaje relativo á los *Amantes de Teruel* intercalado en una égloga. Como estos versos de Laínez verán pronto la luz pública en la colección de los Bibliófilos españoles, entonces podrá apreciarse cómo se trata el asunto.

2 *Florando de Castilla, Lavro de cavalleros, compuesto en octaua rima por el licenciado Hieronymo de Guerta, natural de Escalona... Alcalá, en casa de Juan Gracian... MDLXXXVIII;* 4 °, 168 hojas y 8 más de preliminares. Reimpreso en el tomo de *Curiosidades bibliográficas* de la Biblioteca de autores españoles. La aprobación lleva la fecha de Madrid, 27 de Junio de 1587.

bre por tener hermano mayorazgo. Después de obtener de su amada un plazo de siete años, parte el héroe en busca de fortuna, embarcándose en Palamós en una nave que iba contra el Africa.

Realizó grandes hazañas, venció á los moros; llegó á ser general, ayuntó tesoros, y, viendo próximo el cumplimiento del plazo, se embarcó para España. Una tempestad le detiene hasta que llega á Teruel con dos horas de retraso en el mismo día en que Segura se había casado. Tuvo valor para felicitar á los novios; pero á la noche se escondió debajo de la cama de aquéllos. Segura obtiene treguas de su esposo á pretexto de cumplir un voto. Duérmese y sale Marcilla, y tomando una mano de la joven, procura tranquilizarla, aunque luego la acusa de mudable. Defiéndese ella por haber expirado el plazo. Marcilla le pide, como último favor, un beso, que ella le niega una y otra vez, y el amante lanza un triste y postrer suspiro.

Aturdida Segura, despierta á su esposo; le cuenta todo, y ambos llevan ocultamente el cadáver á la puerta de la casa de su padre. Venida la mañana, se promueve gran tumulto y duelo. Cuando iban á sepultar al desgraciado Marcilla, se avalanza Segura, y abrazándose al cuerpo, le besa reiteradamente y expira en aquella actitud. El esposo refiere á todos el lance, y admirados, piden que les entierren juntos.

La época es la de Carlos V por la expedición al Africa que enriquece á Marcilla. Faltan también

los nombres de los padres y del esposo A Segura sólo una vez le llama Isabel. Se ve á la leyenda concretarse. Ya no hay el cúmulo de aventuras que forman casi todo el poema de Villalba. La semejanza con la tragedia es notoria, pues convienen en circunstancias que no pertenecen al fondo del asunto; como el torneo defendido por el Conde de Fuentes; la entrevista de los dos enamorados antes de la noche y la visita de duelo del esposo de Isabel á los padres de Marcilla [1].

1 Un texto muy curioso relativo al estado de la leyenda en Teruel mismo, en 1599 ó 1600 nos lo ofrece el anónimo autor de la *Jornada de Su Majestad Felipe III* á Valencia cuando fué á casarse con Margarita de Austria. El autor, con gran sencillez, transcribe lo que á su paso por Teruel oyó referir de público en estos términos: «En la iglesia de San Pedro, en la capilla de San Cosme y San Damián de la dicha ciudad, está la sepultura de los dos Amantes que llaman de Teruel, *y dicen* eran un mancebo y una doncella que se querían mucho, y ella era rica, y él, al contrario, y, como él pidiese por mujer la doncella, y por ser pobre no se la diesen, se determinó á ir por el mundo á adquirir hacienda y ella de aguardarle ciertos años, al cabo de los cuales, y dos ó tres días mas, volvió rico, y halló que aquella noche se casaba la doncella. Tuvo traza de meterse debajo de su cama y, á media noche, la pidió un abrazo, dándose á conocer; ella le dijo no podía por no ser ya suya, y él murió luego al punto. Lleváronle á enterrar, y ella fué al entierro, y cuando le querían echar en la sepultura, se arrimó al ataúd y quedó allí muerta, y así los enterraron juntos en una sepultura, sabido el caso.»

(*Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII. Publícalas la Sociedad de Bibliófilos españoles, 1896;* 4.°, pág. 269). En esta forma había ido condensándose la leyenda después de los escritos de Alventosa, Villalva, Artieda, Huerta y tal vez algún otro. Todavia no suenan nombres, ni Marcilla era nieto de reyes, sino «un pobre mancebo».

Llegamos al gran difundidor y perfeccionador de la leyenda terolense, al autor de la enorme *epopeya trágica*, como le plugo llamar á su poema de *Los Amantes de Teruel*, compuesto en 26 cantos, con unos 20.400 versos endecasílabos.

Juan Yagüe de Salas, notario y secretario del Municipio terolense, publicó su obra en 1616 [1]; pero cuatro años antes, lo menos, la tenía ya terminada y consultada con varios literatos y amigos.

En este libro hay que distinguir dos cosas muy principales: una, la historia sencilla, *verdadera*, según la creía Yagüe, y la otra, la inventada y desarrollada por él en su poema.

---

1 *Los Amantes | de Tervel. | Epopeya tragica: | Con la Restauración de España por la parte de Sobrarbe | y conquista del Rey no de Valencia. | Por Ivan Yague de Salas. | Secretario de la ciudad de Teruel. | Dirigida al Concejo y ayuntamiento de dicha ciudad.* | (Escudo de armas de ella.) *Con privilegio Real. | En Valencia, Por Pedro Patricio Mey: 1616.* 8.º, 30 hojas preliminares, en la última el retrato de Yagüe, 722 págs. (la final por errata dice 700) y 25 hojas de *Diccionario poético.* Las dos últimas las forman ocho octavas reales con la historia nuda del suceso y unas quintillas de Fr. Leandro Badillo en loor de Yagüe.

Lleva sonetos laudatorios de Lope, Ricardo del Turia, Cervantes, Salas Barbadillo, Guillén de Castro y otros menos conocidos. La licencia es de 26 de Enero de 1615; una aprobación de fray Alonso Remón de 22 de Enero del mismo año y una licencia eclesiástica de Valencia á 18 de Julio de 1616. En una *Carta encomial y apologética* dice el P. Fr. Francisco Gonzalez, Comendador del Convento de la Merced de Soria, que Yagüe le había comunicado su obra cuatro años antes. Consta de 26 cantos y unos 20.400 versos: pero la mayor parte tratan de cosas ajenas al asunto principal.

Así en las octavas que van al final [1], como en un *Argumento ó hipóthesi de la acción de los Amantes de Teruel, desnudo de Episodios*, que precede al poema, dice que Marcilla y Segura se criaron juntos, como primos que eran. Siendo ya aquél en edad de gastar espada, el padre de Segura le negó la entrada en su casa y luego la mano de su hija cuando el padre de Marcilla fué á pedírsela, pretextando la juventud de los aspirantes, si bien la causa era la pobreza de Marcilla, segundo de su casa. El desairado joven marcha á la guerra y Segura ofrece esperarle siete años. Regresa Marcilla el día mismo de las bodas y se introduce en el aposento de Isabel, quien, llegado el momento, recaba de su nuevo esposo que, por un día, respete un voto que tiene hecho. Marcilla, saliendo de detrás de unos tapices, después de grandes quejas sobre la poca fe de su amada, le pide un beso, y como se lo rehusa, expira de dolor. Segura despierta al esposo y le refiere el caso, y ambos, secretamente, llevan el cadáver á su puerta, que estaba al lado. Al otro día Segura que, en la iglesia de San Pedro asistía al entierro entre las mujeres, cubierta con el manto, se acerca al cadáver, se abraza con él y fallece. El marido relata lo sucedido y entierran á los jóvenes difuntos en un sepulcro.

---

1 Escribió estas octavas á ruego del famoso Guillén de Castro, Presidente de la Academia Valenciana de los *Montañeses del Parnaso*, que había sustituído a la de los *Nocturnos*, y en la que se dió plaza el mismo Yagüe con el nombre de *Pindauro*.

Hemos expuesto una vez más el tema, que no se distingue de las anteriores versiones, y era la que Yagüe tenía por verdadera, sólo para que se note la diferencia con la que él puso en su poema y es la que sigue:

Empieza fijando la época en tiempo del Emperador Federico II (1220-1250). Da familia al galán á quien nombra *Martín Garcés de Marcilla*, de la casa de Falces, de Navarra, y descendiente de los Garceses y Garcías reyes de Aragón. A ella le da el nombre de Isabel y á su secretaria ó confidenta el de Leonor.

Marcilla parte á la cruzada de Federico II contra Jerusalén (1226), llevando consigo 20 terolanos, con licencia que le dió Jaime el Conquistador. Salen de Barcelona. A su llegada á Tierra Santa da muerte Marcilla á un horrendo león que halla junto á una fuente, luchando con él á brazo partido. Entre otras insignes proezas, aprisiona á Solipino, hijo del Soldán; y éste, á cambio de la libertad de su hijo, rinde al Emperador la ciudad Santa. Regresan los cruzados y Federico encomienda á Marcilla el mando de una escuadra, con la que le permite vaya á España á saludar á sus padres y casarse.

Sale de Génova; pero una serie de violentas borrascas no le permite llegar, hasta pasados cinco meses, á Barcelona, donde le suceden ciertas aventuras novelescas que dan por resultado nueva detención y retraso en llegar á Teruel. Entre tanto,

Segura se promete con «*Azagra, hermano del señor de Abenrazín.*»

Llega la *víspera* de la boda y de noche. Se acuesta; pero no puede dormir, «y en camisa» sale á una azotea, desde la que divisa la casa de la ingrata y pasa el resto de la noche echándole maldiciones.

A la mañana se celebra la boda, como si él no estuviese allí; asiste á las fiestas; en una corrida de toros toma participación y mata á la fiera. Llega la noche y escóndese en la cámara nupcial. A poco entran los novios y sigue la súplica de Isabel por el voto. Azagra se duerme. Sale Marcilla, tómale á Segura las manos y le endereza el discurso de quejas, acabando por pedirle un beso, como último regalo; se lo niega y él se deja morir. Isabel prorrumpe en gritos que, naturalmente, despiertan al buen Azagra; ella le refiere el hecho, pero como sucedido á otra; el marido, enterado luego, aplaude la conducta de la joven, y ambos sacan el cuerpo de casa y lo depositan en la puerta de la otra.

Al día siguiente, al pasar el entierro, sube Segura á verlo de una reja alta, y, desnudándose de todas galas, sale á mezclarse con las mujeres; llega á la iglesia y se precipita sobre el muerto, sucumbiendo allí mismo. Quítanle el manto y la conocen todos; el marido refiere el caso y un anciano propone se les entierre juntos, lo cual se hace en un sepulcro de alabastro.

Como se ve, la leyenda está perfeccionada; tiene ya *sabor local*, gracias al poeta que dió nombres y

familia á todos los personajes de ella. En la forma que Yagüe creía histórica, hemos podido observar que eran anónimos. Y, sin embargo, de lo por él inventado han salido todos los cálculos, historias, genealogías y demás circunstancias de época que vinieron á adornar este célebre episodio.

IV

Los genealogistas y la leyenda de los Amantes.

Producto de la tendencia á convertir en provecho de algunos individuos tan dramático argumento fué cierta *Memoria genealógica justificada de la familia que trae el sobrenombre Garcés de Marcilla*, impresa en 1780 [1] y presentada al Rey D. Carlos III por el Capitán D. Joseph Tomás Garcés de Marcilla, Caballero de Montesa.

Prescindiendo de juzgar la genealogía tan gratuita como ilustre que se adjudica el Caballero de Montesa, pues, según él, procede no menos que de los Reyes de Aragón por descendencia legítima [2],

---

1 No hemos visto esta *Memoria;* pero sí los extensos extractos que dieron de ella el *Memorial literario* en 1785 (núm 23, correspondiente al mes de Noviembre, pags. 384-392), y D. Isidoro Antillón en sus citadas *Noticias*, págs. 34-41.

2 Es la siguiente· Fortún Garcés, hijo del Infante D. García y nieto del Rey de Navarra D. García I, tuvo por hijo á García For-

sólo nos interesa ahora consignar la nueva versión que da á la trágica historia de los Amantes, que es como sigue:

túñez, quien casó con D.ª Toda, y hubo á *D Lope* y D. Ximeno García.

Don Lope tuvo á Fortún Garcés, que en 1096 concurrió á la toma de Huesca y á *García Garcés de Marcilla*, llamado así por la villa de este nombre, en Navarra, de que era señor.

Casó éste con D.ª Sancha Gómez de Subirá, y tuvo por hijo á *Martín Garcés de Marcilla*, que se domicilió en Teruel, al tiempo de su población, con otros hermanos suyos.

Casóse *Martín* en Teruel con D.ª Constanza Pérez Tizón, y hubieron á D. Sancho Garcés de Marcilla, *D. Diego* y D. Pedro.

Toda esta genealogía es un conjunto de falsedades. Ni aun el nombre de los reyes se sabe con toda certeza, en los revueltos tiempos del principio de la Reconquista navarra, ni los de sus hijos, para que en 1780 se pudiese tejer una genealogía tan seguida de personajes secundarios.

La familia distinguida de los Garcés tiene, como otras muchas, origen desconocido: quizá proceda de los reyes de Navarra, y quizá no. Estos abusos de los genealogistas son los que han hecho tan despreciable una rama de erudición que debía de ser un auxiliar digno y un bello ornamento de la historia.

Cascales, en sus *Discursos históricos de la ciudad de Murcia*, cita, ignoramos con qué fundamento (probablemente ninguno serio), como asistente á la batalla de las Navas, un Diego Garcés de Marcilla; pero en modo alguno añade que éste fuese el célebre *Amante de Teruel*, como se ha dicho. (Véase la pág. 423 de la edición de 1775.)

Salazar y Castro en su *Casa de Lara* (1, 274) menciona algunos Garcés de Marcilla, de Albarracín, pertenecientes á fines del siglo XV y principios del siguiente; pero tampoco se le ocurre identificarlos con la familia del enamorado terolense.

Zurita (*An.*, lib. VII, cap. XIX) habla de los bandos de Teruel, ya bien entrado el siglo XIV, entre Martín Garcés de Marcilla y los Muñoz, y no dice que fuese aquél de la gente del amante de Isabel de Segura, ni otros Garceses del siglo XV que menciona en diversos lugares.

Desde la infancia amó D. Diego á D.ª Isabel de Segura, su parienta; mas el padre la prefirió colocar en Azagra, hermano del señor de Albarracín y su presunto heredero. Hubo, con todo, *cierto plazo* concedido á D. Diego, que se marchó á la guerra. Estuvo en las Navas de Tolosa «y dió el primero, entre navarros y aragoneses, contra las cadenas de hierro» que resguardaban y defendían la tienda de Miramamolín [1], y las desbarató. Llegó á Teruel después del plazo, en el mismo día en que se verificaban los desposorios en la parroquia de San Pedro. Se presentó en la iglesia, y la inopinada vista hirió con tal dolor á los dos, que «á un tiempo mismo cayeron desmayados la una en el presbiterio y el otro en la parte inferior de la iglesia donde se hallaba», falleciendo ambos en el acto. Estaba la ciudad dividida en banderías que, con tal motivo, se recrudecieron, y gracias al clero, no vinieron á las manos los partidarios, contentándose con enterrar juntos á los infelices amantes. Dice luego que los poetas han alterado la verdad que resulta «de las memorias y escritos» que, sin duda, reserva para ocasión más oportuna.

1 Autoriza este hecho, no menos estupendo que los que le colgó Yagüe, con una certificación de D. Alonso de Guerra, rey de armas de Carlos II y Felipe V, gran perpetrador de falsedades genealógicas y heráldicas, de que hay abundante muestra en la Biblioteca Nacional de esta corte. Por otra parte, es sabido el caso que debe hacerse de estas certificaciones expedidas de la menos seria y formal manera.

No obstante lo tardío y arreglado *á la francesa* de esta refundición, todavía hubo entre nosotros quien le prestó más crédito que á la versión antigua, sin duda por hallarla en algunos puntos más conforme á la verosimilitud, como si los acontecimientos pudieran modificarse á tenor de los gustos, costumbres ó ideas morales de cada época.

V

MÁS OBRAS POÉTICAS.

Si poseyéramos en su primitiva forma la comedia de Tirso de Molina que lleva el título de *Los Amantes de Teruel*, acaso coetánea del poema de Yagüe [1], tal vez su examen fuera provechoso para el estudio que venimos haciendo sobre el desenvolvimiento del asunto. Pero, alterada por anónimos refundidores, en términos que el mismo Fr. Gabriel Téllez la rechazó como legítima cuando, en 1635 la dió, con otras, á la estampa, sólo algún trozo ó alguna escena nos pueden traer á la memoria su primitiva redacción [2]. Por ellos deduci-

1 Es sabido que Tirso de Molina, nacido en 1571, había ya antes de 1630 cesado de escribir para el teatro. Conforme se van fijando fechas á sus comedias, aparecen, como no podía menos, ser la primera y segunda decenas del siglo XVII las de su mayor producción dramática. Por eso cuando en 1635 examinó esta obra para su impresión, ni siquiera la conocía, por lo olvidada y cambiada que la habían puesto los representantes.

2 Se imprimió por primera vez en la *Segunda parte de las comedias del Maestro Tirso Molina. Recogidas por sv sobrino*

mos que Tirso tuvo presente, entre otras fuentes, la tragedia del valenciano Artieda, si bien el desarrollo de la acción es diferente.

Abrese la escena con una en que D.ª Isabel desaira á su pretendiente D. Gonzalo, lo cual no impide que éste se la pida al padre. También Marcilla, y obtiene el plazo de tres años y tres días. Marcha á la Goleta y á Túnez en una compañía que pasaba por Teruel. Salva la vida á Carlos V; entra el primero en el asalto de la Goleta y luego en Túnez; no logra premio y quiere suicidarse: el Emperador, enterado de sus cosas, le recompensa, y Marcilla sale para Teruel.

Entretanto D. Gonzalo seguía aspirando á la mano de Isabel. Un capitán, amigo suyo, que llega á Teruel desde Africa, donde trató á Marcilla, se presta á decir á la dama que Diego había muerto. Entonces ella otorga el casamiento con D. Gonzalo de Aragón.

Llega Marcilla dos horas después de la boda; se oculta en la cámara nupcial; entra la desposada, y cree al verle que es la sombra de Diego; éste la desengaña y suplica un postrer abrazo, muriendo repentinamente al verse rechazado. Aparece el ma-

---

D. Francisco Lucas de Auila... En Madrid. En la Imp. del Reino, año 1635, 4.º: la quinta en el orden de las doce que forman el tomo. En nuestro libro sobre *Tirso de Molina*, págs. 99-102, hemos hecho algunas indicaciones sobre las diversas reformas que debió de sufrir esta comedia.

rido, y D.ª Isabel le refiere el suceso; carga D. Gonzalo con el muerto y lo deja á la puerta de la casa del padre, volviéndose á la cama con su esposa. A la mañana siguiente, al pasar el entierro, comienza la aflicción de la dama, que resueltamente se presenta en la iglesia en el momento de estar celebrándose las exequias y se precipita sobre el cuerpo de Marcilla, donde expira diciendo:

Ceñiré con brazo fuerte
de firmeza no rompida,
tu pecho de aquesta suerte,
que lo que no quise en vida
te vengo á pagar en muerte.

El padre de ella, Rufino, manda que se les sepulte juntos y en un mismo sepulcro.

La variante de más importancia en esta comedia es la de haber evitado la inverosimilitud de la escena de la cama. Isabel entra sola, y antes de acostarse, ve á Marcilla y sucede la muerte de éste. D. Gonzalo no necesita dormirse para que los amantes tengan su postrer conversación, entra cuando la desgracia ha sucedido y no hace más que transportar su cadáver. También esta ridícula y repugnante escena iba á desaparecer en breve de la leyenda.

Aunque no tanto como suele afirmarse, es evidente que algo tomó de la obra de Tirso el doctor Juan Pérez de Montalbán para la suya titulada también *Los Amantes de Teruel*, la más conocida y representada antes del magnífico drama de don

Juan Eugenio Hartzenbusch [1], pero que luego ha caído tan en desuso, que ya hasta rara se ha vuelto como pieza bibliográfica. Por esta razón los lectores nos perdonarán demos un breve resumen de su argumento que tanto altera la forma ordinaria de la leyenda.

Empieza con una escena de celos promovidos por D.ª Elena, prima de Isabel que ama también á Marcilla, y que, con sus embustes, da lugar á que Diego piense que Isabel le engaña con un D. Fernando. Este y Marcilla piden á la vez la mano de la joven, y el segundo, visto que le rechazan por pobre, en un enfático discurso recaba un plazo, que se le concede, de tres años y tres días para enriquecerse. Sigue una despedida muy tierna de los amantes.

Acto segundo. Estamos en Africa: cae el César al mar, sálvale Diego y obtiene sólo promesas. Elena urde una nueva infamia con un hombre vestido de soldado, que da á Isabel la noticia de la

1 Las ediciones de la comedia de Montalbán son muchas, á partir de la impresión que se hizo en el *Primero tomo de las Comedias del Dr. Ivan Perez de Montalvan. En Madrid, en la Imp. del Reyno, Año 1635.* 4.°, seis hojas preliminares y 260 más de texto. Esta *parte* se ha reimpreso en 1638 en Alcalá, y en 1652 en Valencia. En todos figuran *Los Amantes* la última. También entró en la gran colección de *Varios, Parte 44* (Zaragoza, 1652), y en el siglo XVIII fué muchas veces reimpresa en Madrid, Valencia y Barcelona, como que era de las más representadas de nuestro antiguo teatro. En el Museo Britanico existe un manuscrito de ella fechado en 1634, pero desde 1630, por lo menos, hay memoria de que ya se ejecutaba.

muerte de su amante. En tanto éste, que está bien vivo, asalta el primero á Túnez; pero como no halla nada en el saqueo, quiere (como en Tirso) que su criado le mate. Sobreviene el César y premia espléndidamente al joven.

Acto tercero. Celébrase la boda. Llega Diego con dos horas de retraso. La entrevista de ambos amantes es viva y valiente.

ISABEL. Don Fernando porfió;
dió voces el interés;
hubo nuevas de tu muerte...
¡Mal haya el aleve, amén,
que las trajo, pues me veo
en este estado por él!
Corrió el tiempo, llegó el plazo,
hice amante mi deber;
amenazóme mi padre;
es padre, al fin, soy mujer,
y al cabo... ¿diréloʔ.. sí,
al cabo me desposé
á mi pesar, ya lo dije;
y así deja, déjame,
que me pierdo si te miro,
y no me quiero perder.
DIEGO. Advierte...
ISABEL. Yá no es posible.
DIEGO. Tampoco por tu desdén
es posible que yo pase.
ISABEL. No puedo otra cosa hacer.
DIEGO. Di á tu padre que estoy vivo.
ISABEL. Ya de provecho no es.
DIEGO. Habla claro á Don Fernando.
ISABEL. Tiéneme ya en su poder.
DIEGO. Prueba la fuerza.
ISABEL. No hay tiempo.
DIEGO. Vente conmigo.
ISABEL. No es ley.

DIEGO. Huye sola.
ISABEL. No sé adónde.
DIEGO. Háblale al juez.
ISABEL. No hay juez.
DIEGO. Di que eres mía.
ISABEL. Ya es tarde.
DIEGO. Mátame.
ISABEL. Quiérote bien.
DIEGO. Corrcspóndeme.
ISABEL. Soy noble.
DIEGO. Pues algún medio ha de haber.
ISABEL. Quiero callar y morir.
DIEGO. El morir escogeré,
pero ha de ser confesando
tu voluntad y tu fe.
ISABEL. Mira que tengo marido.
DIEGO. Yo lo soy tuyo, Isabel,
y de ti no he de apartarme
aunque mil muertes me den.

Y véase cómo antes de Hartzenbusch hubo quien sintió toda la fuerza dramática que entrañaba la entrevista de los amantes cuando su unión es ya imposible.

La muerte de Diego no ocurre en escena; la cuenta después Isabel á su esposo. Murió cuando ella le dijo que le aborrecía. Mientras D. Fernando va á buscar gente que separen el cadáver, Isabel, en un largo monólogo, se prepara á morir, y dejándose caer sobre el cuerpo de Marcilla, expira dándole la mano. Llegan todos y hallan juntos á los dos, con grande ira de D. Fernando, que se disipa al ver que su esposa está muerta.

Los actos primero y tercero son muy distintos de los de Tirso; el segundo, muy semejante, hasta hay versos iguales.

Como se observa, á la vez que la leyenda ha sufrido un grave cambio, se evitó la repetición de la indecorosa escena de sacar el cadáver en hombros del esposo de Isabel, y haciendo á ésta morir en su casa y no en la iglesia, con ello también ganó la regularidad del drama. La leyenda, pues, estaba fijada; ni en decencia, ni en propiedad, ni en verosimilitud (dada la natural del asunto) había ya nada que pedirle. Faltaba sólo hallar un móvil más poderoso que la obediencia paterna (que en el siglo XVII lo era bastante) para la rápida mudanza de Isabel, y explicar la tardanza del mancebo, cosas ambas que otro poeta de genio se encargará de hallar, pero entretanto la comedia de Montalbán satisfacía por entero los gustos de nuestros abuelos.

Sucedía entonces (y sucede hoy) que las obras dramáticas más celebradas, ya por su mérito ó por causa del asunto, eran puestas en parodia, como se hizo con *El caballero de Olmedo, La muerte de Valdovinos, Los siete Infantes de Lara, El Cid, Céfalo y Procris* y otras varias.

Tal aconteció con *Los Amantes de Teruel,* cuyo título dió á una comedia burlesca el divertido entremesista D. Vicente Suárez de Deza [1], y con el

---

1 *Primera parte de los Donayres de Tersicore compvesta por Don Vicente Svarez de Deza y Avila... En Madrid, por Melchor Sanchez, año de 1663.* 4.°, 12 hojas preliminares y 216 de texto. Empieza con la indicada comedia burlesca de *Los Amantes de Teruel.*

que se imprimió anónima una Mojiganga [1], ambas antes de expirar el siglo XVII.

La primera es solamente una trova ridícula de la comedia de Montalbán, cuyas escenas va siguiendo paso á paso en los tres inacabables actos de que consta, y la segunda un extracto de la de Suárez Deza, sazonado con cantares y fragmentos de romances en música.

En el siguiente continuó triunfante en el teatro la excelente obra de Montalbán. El asunto estaba resuelto, y no se atrevieron á modificar su argumento ni D. Francisco Mariano Nifo, quien, como paisano de las célebres víctimas, pudiera estar mejor enterado, limitándose, en la pieza que, con el título de *La casta amante de Teruel, doña Isabel de Segura: escena patética*, dió al teatro hacia 1789 y luego á la imprenta [2], á presentar un monólogo harto declamatorio y escaso de interés; ni el gra-

1 *Arcadia de entremeses, escritos por los Ingenios más Clasicos de España. Primera parte, Pamplona, Juan Micón. 1691.* 8.°, 173 págs. Reimprimióse en la misma ciudad en 1700, por Juan Micón, 8.°, 168 págs. En la primera colección ocupa la mojiganga el duodécimo lugar, y el undécimo en la segunda.

2 Publicóse primero con solas las iniciales del autor, así: *La casta amante de Teruel Doña Isabel de Segura. Escena patética. Por D. F. M. N.* Madrid, s. a., en 4.° Se reprodujo del mismo modo en *Valencia por Estevan* en 1818; pero ya antes se había estampado en la *Colección de los mejores papeles poéticos y composiciones dramáticas de D. Francisco Mariano Nipho: Ofrécela al público Don Manuel Nipho, capitán de los Reales Exércitos. En Madrid: Por Cano. Año de MDCCCV.* 2 vols. en 8.°, de 234 y 300 págs. La pieza dramática está en el tomo II, pags. 32-50.

fómano D. Luciano Francisco Comella, que por el mismo tiempo hilvanaba su *Escena trágico-lírica* titulada *Los amantes de Teruel* [1]. Escrita esta obra para el personal lucimiento de la famosa María del Rosario Fernández, *La Tirana*, tan sobresaliente en el género trágico, viene á ser como el tercer acto de un drama sobre el asunto, pues comienza en el momento mismo en que, casada ya Isabel, se presenta á sus ojos Marcilla, á quien cree muerto, y empieza á lanzar imprecaciones, quejas, lamentos, invocaciones al cielo y al infierno hasta que, muerto verdaderamente Marcilla (que hace papel insignificante), se deja ella misma caer á su lado.

Desde que en 1780 el capitán D. José Tomás Garcés dió nueva forma á la narración seudohistórica del suceso no faltó quien quisiese llevar al teatro la versión novísima, aunque no por completo. Todavía no hemos podido averiguar el autor de *La Isabel, tragedia en cinco actos*, impresa muy á los

1 *Los Amantes de Teruel. Escena trágico-lírica. Por Don Luciano Francisco Comella. Madrid, Librería de Quiroga*, sin año, 4.º, 10 págs. Consta sólo de tres personajes, que fueron representados: el de *Doña Isabel*, por la Sra. María del Rosario; el de *Doña Elena*, por la Sra. Francisca Laborda, y el de *Don Diego*, por el Sr. Joseph Huerta. Posteriormente se ha reimpreso dos veces en Madrid, sin l. ni a., 4.º, 10 págs., y otra por Ramón Ruiz, 1794, también en 4.º

Se cita asimismo una *Relación burlesca intitulada Los Amantes de Teruel, para cantar y representar, compuesta por un aficionado.* Sin l. ni a., 4.º, 16 págs.

comienzos del siglo XIX [1]. Está el asunto reducido á su expresión mínima, con solos siete personajes: los protagonistas, el rival, un hermano de la dama, el padre de Isabel y un criado y una criada. Escrita en romance endecasílabo y ordenada con toda la sequedad clásica, ningún acto pasa de seis escenas (alguno sólo tiene cuatro) y transcurre el asunto con gran monotonía hasta el acto quinto, en que se presenta Marcilla. Quiere que Isabel declare nulo su consentimiento, como arrancado bajo la fe de la muerte de su antiguo amante, y cuando ella persiste en mantener la fe jurada en el altar, Marcilla sucumbe, y pocos instantes después la dama. En esta obra el papel del hermano de la joven es castigar al traidor criado que acreditó la muerte de Marcilla y proponerse hacer lo mismo con Azagra, cómplice en el engaño. La imitación de las tragedias francesas es patente en ésta: confidentes, largos discursos, imprecaciones, manera de preparar la entrada y salida de los personajes, todo igual; parecé estar leyendo una traducción.

---

1 En 4.º, 36 págs., sin l. ni a., ni imp. En la Biblioteca municipal de esta Corte hay dos manuscritos de esta obra sin mas indicaciones que la fecha de 1800, que será la de la composición de la tragedia, y una indicación del reparto que tendría, si se representó, que serían *Isabel* (Rita Luna), *Marcilla* (Manuel G.ª Parra), *Azagra* (Rafael Pérez), *Enrique* (Antonio Ponce), *Segura* (Antonio Pinto), *Bernardo* (Félix de Cubas). Falta el papel de Jimena. Pero es seguro que esta obra no se representó en 1800, ni en dicho año estuvieron reunidos todos esos actores.

Todo esto vino á quedar obscurecido cuando en la noche del 19 de Enero de 1837 se estrenó el drama *Los amantes de Teruel*, original de Hartzenbusch. Alterando á su gusto la leyenda, pero siempre con acierto para conseguir mayor belleza dramática, dió á la literatura española una obra que ya con el mismo asunto no podrá verse sobrepujada [1],

---

1 *Los Amantes de Teruel. drama en cinco actos en prosa y verso, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Madrid, imp. de J. M. Repullés, 1837*, 8.º marq. Fué estrenado en el teatro del Príncipe el 19 de Enero, ejecutando los principales papeles Joaquina Baus, Carlos Latorre, Teodora Lamadrid y Julián Romea.

A consecuencia de las indicaciones de Larra, el autor refundió su obra con gran acierto, reduciéndola á cuatro actos. Sobre sus varias ediciones y traducciones véase la excelente *Bibliografía de Hartzenbusch*, publicada por su hijo D. Eugenio. Madrid, 1900, págs. 52 y 53.

Como había sucedido con la de Montalbán, también la obra de Hartzenbusch fué puesta en parodia, primero con el título de *Los Amantes de Chinchón* (Parodia de *Los Amantes de Teruel)*, pieza tragi-cómico-burlesca, en verso, por D. Juan Martínez Villergas, D. Miguel Agustín Príncipe, D. Gregorio Romero Larrañaga, don Eduardo Asquerino y D. Gabriel Estrella. Madrid, 1848, 4.º, 32 páginas.

Muchos años después se representó otra parodia. que fué impresa con el título de *Los novios de Teruel, Drama lírico-burlesco en dos actos y en verso: letra de Eusebio Blasco y música del Maestro Arrieta. Madrid, 1867*, 4.º

Otra parodia compuso en 1872 D. Angel María Segovia, con el título de *El amor de un boticario*. Refundiola en 1887 con el de *Isabel y Marcilla*, y con música del maestro Nieto fué representada en dicho año.

Y el mismo Hartzenbusch había empezado á escribir antes que el drama (quizá como preparación) una especie de novela sobre el asunto. Consérvase un fragmento que se imprimió en la *Bibliografía de Hartzenbusch*, pág. 383.

ni aun acudiendo la poesía al auxilio de su hermana la música [1].

Los dos incidentes nuevos introducidos por Hartzenbusch, á saber: la falta oculta de la madre y los celos y persecución de Zulima, justifican sobradamente, el primero, la repentina mudanza de Isabel, y el segundo, el retraso de Marcilla, á la vez que aumentan la emoción dramática y mantienen el interés, especialmente en los actos que preceden al regreso del héroe.

La poesía lírica, aunque poco y en época moderna, también cantó estos célebres amores [2], que

---

1 La Srta. D.ª Rosario Zapater compuso un libreto de ópera con el título de *Gli Amanti di Teruel, drama lirico de la Srta... música del Maestro Avelino de Aguirre, representado en el teatro principal de Valencia el 16 de Diciembre de 1865. Madrid, 1865*, 8.º, 91 págs.

Mayor celebridad alcanzó la ópera, letra y música del maestro Bretón, con el título de *Los Amantes de Teruel. Libreto de la ópera en cuatro actos y un prólogo, letra y música de D. Tomás Bretón. Madrid, 1889*, 4.º, acerca de la cual también se han publicado los dos folletos: *Los Amantes de Teruel. Estudio crítico del drama lírico de este nombre de D. Tomás Bretón, por don Antonio Peña y Goñi. Madrid, 1889*, 4.º, 47 págs.; censura demasiado severa que fué paliada por este otro: *Los Amantes de Teruel. Contestación á un folleto, por Enrique Sanchis. Madrid, 1889*, 4.º, 64 págs. El libreto de Bretón fué traducido en alemán por Federico Adler é impreso con este título: *Die Liebenden von Teruel. Praga, 1891*, 8.º, 82 págs.

Nuestro ilustre y llorado amigo el bibliófilo D. Luis Carmena y Millán poseía un libreto de ópera, inédito y autógrafo, de don Francisco Asenjo Barbieri, con el título de *Los Amantes de Teruel* y fechado en 1862. ¡Qué lástima que el insigne D. Francisco no llegase á poner música española á tan hermoso asunto!

2 Las poesías líricas son bastantes; pero entre las que tengan algún valor, por su extensión, al menos, sólo recordamos: *Los*

hallaron grandes amplificaciones en la novela. Pero no es de nuestra incumbencia seguir este

Amantes de Teruel. Poema-leyenda, original de D. Joaquín Guimbao y Simón. Teruel, Imp. de la Casa de Beneficencia, 1880, 4.°, 24 pags.; otra anónima titulada: *Los Amantes de Teruel. Relación histórica en verso. Teruel, imp. de Dionisio Zarzoso*, 1891, 4.°, 32 págs., y dos *Relaciones* con igual título, impresas en Córdoba por Luis Ramos y Coria, sin año (á fines del siglo XVIII), con los números 31 y 121. Una de ellas es *jocosa* y probablemente estarán en romance.

Ultimamente hemos visto otra que no sabemos si será la que D. Federico Andrés atribuye al cómico D. Antonio Barroso. Titúlase *Relación histórica de los amores y trágico suceso de Don Diego de Marcilla y Doña Isabel de Segura, llamados Los Amantes de Teruel.*

4.°; una viñeta con un caballero pisoteando un moro, y otros guardando una tienda de campaña. Este pliego lleva el núm. 23 en una esquina superior, 6 hojas á dos columnas, tres partes.

Al fin, dice: «Es propiedad de D. Juan García, en cuya imprenta se está tirando una colección de diferentes relaciones serias y jocosas, canciones y romances nuevos y antiguos, del mejor gusto, que se despachan en aquélla y en su librería, sita en la plaza del Mercado, de Teruel. Año 1844.»

Empieza:

En la ciudad de Teruel,
hoy capital de provincia,
en el reino de Aragón,
fundada en una colina,
á las márgenes de un río
que Turia se denomina.

Acaba:

Y todos á una voz claman
que en un sepulcro se entierren.
Así se acordó, y hoy se hallan
sus esqueletos enteros
en la parroquia llamada
de San Pedro, en do reciben
visitas multiplicadas
de españoles y extranjeros
que allí lágrimas derraman.

Sigue la tradición de Yagüe en el desenlace y algo en las aventuras la novela de Villarroya. Es bastante pedestre, como se ve por lo copiado.

No hemos visto y, por tanto, ignoramos si sera poética la obra que con su manera peculiar de citar menciona D. A. Fernández-

nuevo giro que la leyenda tomó en manos del ya citado Villarroya, que tuvo presente, aunque no mucho, el drama de Hartzenbusch, y además gozó la fortuna de que su novela, con ser la peor, fuese la más popular, pues, en extracto, se imprimió varias veces y fué pregonada por los ciegos de las calles [1]; el fecundo y desordenado Fernández y González [2], el encubierto Renato de Castel-León, autor de la mejor novela, ó al menos la más movida sobre este tema [3]; D. Luis Ubiols [4] y otros que, en forma más breve, bosquejaron á su modo la gallarda figura de Marcilla y la tiernísima de Isabel [5].

Guerra, en su estudio de Hartzenbusch (pág. 43) así: «En Murcia se imprimió un *Diario de la marcha del Regimiento de Dragones de Numancia desde Navarra á Murcia en 1788*, por D. Manuel Fernández de Salazar, donde se canta el mayor lauro de Teruel.»

1 *Historia de los Amantes de Teruel. Valladolid, 1852*, 4.º, 24 págs., y *Nueva historia de los Amantes de Teruel, Madrid, antigua Imp. universal*, sin año, 4.º, 24 págs. (De la *Biblioteca Moderna*).

2 *Los Amantes de Teruel. Novela histórica, por D Manuel Fernández y González*. Se ha impreso tres veces: la última en Barcelona, Espasa, 1894, 2 vols., 4.º

3 *Los Amantes de Teruel, novela histórica original, por Renato de Castel-León. Con prólogo del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, autor del célebre drama del mismo título. Madrid, Minuesa, 1861*, 4.º, 598 págs. El prólogo lleva la fecha de 29 de Octubre de 1862, y entonces había fallecido ya el autor de la novela, que era un tal D. José Hernández del Mas, que no sabemos por qué razón veló su nombre.

4 *Los Amantes de Teruel, novela histórica popular. Barcelona, 1894*, 4.º, 127 págs.

5 L. Tarrat en un artículo en la revista *Barcelona cómica* de 28 de Diciembre de 1885; D.ª María de la Concepción Gimeno en el *Album Ibero-Americano* de 14 de Diciembre de 1899; etc.

VI

Las momias de los Amantes.

Terminaba *Fígaro*, en 1837, su tan profundo y sensato juicio del drama de Hartzenbusch con estas palabras: «Si (el autor) oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles» [1].

Efectivamente: en la iglesia de San Pedro están los dos esqueletos con el letrero que indica sus nombres. ¿Desde qué tiempo se hallan en tal forma? ¿Cuándo el pueblo terolano se dió cuenta de que existían los cuerpos de los tristes amadores? No sabemos si nuestra respuesta será satisfactoria, tratándose de cosa tan obscura y embrollada.

En 1806, en el mismo archivo de la iglesia que guarda la historia apócrifa de los dos jóvenes, y á

1 *Obras de Fígaro. París, 1866*, tomo II, pág. 171.

continuación de ella vió Antillón otra memoria relativa á las diversas traslaciones que habían sufrido las momias de los Amantes. Según esta relación, los cuerpos de ambos estaban antes de 1555 en una capilla antigua de la mencionada iglesia, juntos en un sepulcro; pero en dicho año, al hacer unas obras en la capilla, los trasladaron á la de Santos Cosme y Damián, y los colocaron en dos cajones. En Abril de 1619 (¡siempre esta fecha!) los racioneros Mosén Juan Ortiz y Mosén Miguel Sanz, ayudados del Sacristán, cavaron al pie del altar de la capilla, y hallaron eu un hueco, como de sepulcro, dos cajones de madera, y en cada uno un cadáver momificado, y dentro de uno de los cajones *«un pergamino ó papel»* [1], que se pudo leer y que decía: «Este es Diego Juan Martínez de Marcilla que murió de enamorado.» El otro cajón contenía otro cuerpo también en estado de momia, y, al parecer, de mujer que, según dicha relación, no podía dudarse era el de Isabel de Segura.

Estas declaraciones, así como la descripción del estado de los cadáveres, las hacen los Notarios Juan Hernández y el indispensable Juan Yagüe (que, sin embargo, había dado otro nombre á su héroe) con algunos testigos. Pero el documento que las encierra es de naturaleza igual á la narración histórica; esto es, un papel sencillo, sin indicación

1 ¿Cómo? Los mismos que certifican haberle hallado y leído ¿no saben si era papel ó pergamino?

del sitio en que se halla la escritura que traslada y de letra moderna. Sin embargo, en el Ayuntamiento de Teruel existe, según Gabarda, un códice rotulado *Alcorán ó Libro Verde* (1), que contiene la misma narrativa respecto de los cadáveres, y ¡también de 1619!—¿Qué grado de autenticidad tiene este manuscrito que no vió Antillón, aunque registró escrupulosamente el Archivo de aquel Ayuntamiento? ¿Existe todavía allí? ¿Existió alguna vez? ¿Será, por ventura, de la misma procedencia que el documento en *fabla* de Villarroya?

No se sabe cuándo se trasladaron de nuevo al claustro en que los vió Antillón, metidos en un hueco de la pared, y yá juntos, puestos de pie y dentro de un armario de madera, que en la parte posterior tiene este rótulo: «Aquí *yacen* los dos celebrados Amantes de Teruel *Don* Juan Diego Martínez de Marcilla y Doña Isabel de Segura. Murieron año 1217, y en el de 1708 se trasladaron en este *panteón*.» Por lo visto, hubo en 1708 intención de construirles un panteón en que *yaciesen*, aunque se quedaron de pie en su camarín, donde, según Antillón, «los tenían sin ornato, ni consideración ni aun aseo». En 1854 se les dió colocación más decorosa.

1 ¡Vaya un título para un documento de carácter histórico. Mas parece broma de algún desocupado y burlón terolano que quiso reirse de la excesiva credulidad de D. Esteban Gabarda, que es quien lo menciona, como queda dicho.

En vista de todo esto, ¿cómo explicar el hecho de que si, según la leyenda, los Amantes fueron sepultados juntos, la primera vez que aparecen, es separados? Si tenían suntuoso túmulo de mármol, ¿cómo no se conservó al trasladar los cuerpos de una capilla á otra en 1555? ¿Hubo semejante traslación?

Si en 1619 (según el documento) se hizo el segundo descubrimiento de los cadáveres, por las indicaciones de algunas personas que recordaban el sitio en que se hallaban desde 1555, lo cual prueba que no tenía señal alguna externa, ¿cómo pudo en 1599 el Rey D. Felipe III visitar su sepulcro, de paso para Valencia, cuando fué á casarse con la Reina D.ª Margarita? Y ¿cómo pudo Villalba, en 1577, escribir en su ya citado poema estos versos:

Y juntos prevalecen hoy en día
sanos, incorruptibles y olorosos,
enteros en la iglesia de San Pedro?

Y, por el contrario: si ya en 1577 era conocido el estado de momificación de esos cuerpos y se les consideraba ser de los Amantes, ¿cómo el Doctor Blasco de Lanuza niega en 1618 que hubiera habido sepultura con inscripción; pues dice que no apareció al reedificar la iglesia de San Pedro? ¿Cómo no vió ni momias ni sepulcro en 1611 don Juan Bautista Labaña, que viajaba por Aragón para hacer el mapa del reino, y estudió y describió en su *Itinerario* todo lo más particular de Te-

ruel: sus iglesias, conventos, antigüedades y hasta menciona otros panteones mucho menos notables?

Una sola explicación hallamos á estos embrollos. Las momias positivamente se hallaron á mediados del siglo XVI, y entonces compuso su poema Pedro de Alventosa. Pero no convencidos sus paisanos, volvieron á sepultar sin señal alguna los dichos cuerpos. Por eso lo recuerda Villalba en 1577; pero ya no lo recuerdan los otros, ni en 1611 ni en 1618. En tanto, la leyenda había ganado en difusión y en fama, y en una época no conocida, aunque dentro del mismo siglo XVII, se hallaron de nuevo, y definitivamente se les dió el nombre que hoy llevan.

Pero, en resolución, no puede afirmarse cuándo se descubrieron esos cuerpos, ni cuándo se empezó á decir fuesen los de los Amantes, ni ellos, en sí mismos, ofrecen autenticidad ninguna. Son dos cadáveres extraídos desde que la leyenda empezó á correr. Estarían tal vez juntos en un sepulcro, por ser marido y mujer ó personas de la misma familia.

Quiso la suerte que se hallasen en mediano estado de conservación, y el vulgo que atribuye á este hecho, no muy infrecuente, causas misteriosas, empezaría á bautizar los tales esqueletos con los nombres de Marcilla y Segura. Y esto bastó para que Villalba, que no era de Teruel, y que tal vez nunca allá estuvo, diese el hecho por cierto, y

así ha llegado hasta nuestros días [1]. Un examen muy minucioso de los mismos quizá daría alguna luz acerca de la edad ú otras circunstancias. Los médicos de Teruel pudieran y debieran hacerlo [2].

1 Los retratos de las momias que, como hemos dicho, están hoy en mejores condiciones, han sido muy reproducidos; y Gabarda, Andrés, D. Domingo Gascón (*Miscelánea turolense*) y otros traen copias de ellos.

2 Don Federico Andrés, en su folleto que hemos citado al principio, menciona (pág. 77) la siguiente obra manuscrita, que no es, por cierto, la que resuelve aquellas dudas. *Discursos apologéticos sobre la Incorruptibilidad de los cuerpos de el Imbicto D. Diego de Marcilla, y de la muy querida D.ª Isabel de Segura, á quienes (por Antonomasia) llama la fama los Amantes de Teruel. Escribelos el Dr. D. Pedro Utrillas, Médico y Philosopho: Natural de el lugar de Celadas, de el obispado de la misma ciudad de Teruel: con la Historia de dichos Amantes.*

Según Andrés, se acabó de escribir en 3 de Enero de 1675, y añade: «Es la historia más chavacana que existe; coloca la acción trescientos años después que pasó y la desfigura por completo.. En resumidas cuentas, no halla razones en la Medicina para explicar la incorruptibilidad de los cuerpos de los Amantes; y después de filosofar mucho, termina asegurando que es debido á un milagro que Dios ha querido realizar en esta ciudad, como prueba de la predilección que él tiene hacia los turolenses.»

VII

Las obras históricas.

La primera y única obra que tenga verdaderamente este carácter son las repetidas *Noticias* de Antillón. De los siete puntos que abarca su folleto, reproduce en el I la narración seudohistórica de los Amantes existente en la iglesia de San Pedro; en el II, la otra narración unida á la anterior y referente al hallazgo y traslaciones de las momias. Expone en el III la doble versión de Yagüe de Salas: en el *Argumento* y en el poema. Una erudita excursión sobre los antiguos historiadores aragoneses para ver que guardan alto silencio sobre el asunto, así como los papeles del Municipio, es el fondo del número IV. Habla brevemente en el V de la comedia de Montalbán, única que conocía. Extracta con detención en el VI la *Memoria genealógica*, que sólo le inspira el debido desprecio. Y en el VII formula sus conclusiones que, con los escasos y poco limpios medios que utiliza, tenían que ser muy inseguras.

Cree que el origen de la celebridad de la historia amorosa de Marcilla y Segura nació con el hallazgo de sus cadáveres en 1555, hecho que, sin embargo, no da como innegable, sobre todo á causa de estar consignado en uno de los documentos apócrifos de San Pedro.

«Si supongo (dice) que el origen de la celebridad de la historia ó novela de los *Amantes* se debe al hallazgo de sus cadáveres en 1555, es concediendo la realidad de este descubrimiento. Mas no se tenga tampoco por hecho incontestable. Hemos ya visto (núm. IV) que Blasco de Lanuza, diligente investigador de las cosas de Teruel, la ignoraba hacia 1618, y por otra parte, el papel (núm. II) en que se refieren dicho hallazgo y el nuevo reconocimiento en 1619, aunque redactado en forma de escritura con notarios y testigos, no existe original, ni aun en copia auténtica en el archivo de la iglesia de San Pedro, de donde la saqué este verano. Allí no hay más que una copia simple de letra de ayer, llena de erratas y transposiciones groseras; y en ella ni siquiera se expresa de dónde se copió ó en qué paraje se halla la escritura original» [1].

Bien hacía Antillón en no resolverse á sustentar nada definitivo en este punto. De que se hubiesen hallado dos cadáveres ó esqueletos bien conserva-

---

1 *Noticias*, pág. 43.

dos no es razón para deducir que en el acto se les forjase una historia que habría de ser recibida por todos: algo acerca de esto debía de existir ya, que Antillón no conoce, y por eso suspende acertadamente su juicio.

Tampoco nos parece aceptable la otra conclusión atribuyendo á Yagüe la falsa relación histórica de los Amantes, fraguada á fines del siglo XVII ó tal vez en el XVIII. Más bien resulta que debió de tomarse el nombre del poeta para acreditar la superchería, y por eso pusieron en prosa sus versos, ya harto prosaicos. El plagio es manifiesto, como puede convencerse cualquiera comparando ambos textos.

Y, en fin de todo, termina invitando á que se hagan nuevas pesquisas en la materia y á los poetas que sigan cantando suceso tan interesante y patético como la muerte de Marcilla y Segura, aunque resulte ser una pura novela.

Los historiadores que se sucedieron no llevaron otra mira que combatir las aserciones de Antillón por diferentes medios. D. Isidoro Villarroya inventó un nuevo texto de la relación histórica de San Pedro, según hemos dicho, con lo cual creyó hacer inútil el demoledor estudio de su paisano [1]. D. Esteban Gabarda aspiró á más: á reconstituir

1 Nada de particular contiene la *Noticia histórica de la conquista de Valencia*, impresa en el mismo año por D. Luis Lamarca, y trata este asunto en la forma conocida.

la historia verdadera del suceso y á defenderlo con sus *observaçiones críticas*. Crítica es precisamente lo que se echa de menos en su obra. No solamente manifiesta grande ignorancia, como revela el pasaje del reloj y suponer que *los Arcos* de Teruel estaban ya construídos en el siglo XIII, sino que hace una cosa peor. Al mismo tiempo que en una nota [1] rechaza como amplificación moderna, sacada del poema de Yagüe, la primera relación de San Pedro, la aprovecha en el texto y la da como verdadera, intercalándola con la de Villarroya, también modificada por él. Y los documentos justificativos son copias de estas relaciones, la del hallazgo y traslación de las momias, también sacada de la iglesia de San Pedro y una nueva igual que dice se halla en un manuscrito del Ayuntamiento de Teruel, llamado *Alcorán ó Libro verde*. De la tradición no obtiene más que el triple disparate de que, al regreso, Marcilla, *pasando por los Arcos, sacó el reloj* y dijo á su criado *Camacho* cómo temía haber llegado tarde [2].

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, así en el artículo del *Laberinto*, en 1843, como en el prólogo de la novela de Castel-León, en 1861, da por buenos los documentos reproducidos por Gabarda y las observaciones de éste. Hay, no obstante, algo

1 Página 31 de la edición de 1842.

2 En la edición de 1864 procuró enmendar algo estos desatinos diciendo que pudo Marcilla saber la hora por las campanas de algún convento ó iglesia.

de forzado y tímido en la manera de expresarse de aquel insigne escritor, á quien, para acabar de convencerle, le enviaron desde Teruel otra copia de la famosa relación de Villarroya, distinta de ésta y de la de Gabarda [1].

El artículo de Fernández-Guerra, publicado en *La España* y reproducido luego por él en la biografía de Hartzenbusch, es obra muy ligera, escrita de memoria en gran parte, con algunos errores materiales y sin el debido conocimiento del asunto; tanto, que el ilustre y excelente D. Aureliano antepone la versión del suceso tal como en 1780 la guisó el capitán D. José Garcés, sólo porque es más verosímil y decente que cualquiera de las otras que, al fin, tenían en su favor la antigüedad.

De muy distinto género, á juzgar por el sumario ó índice que de ella publicó el Sr. Gascón y Guimbao en el número 2.º de su curiosa *Miscelánea turolense*, es un libro que acerca de los Amantes de Teruel compuso y dejó inédito el difunto D. Justo Zapater y Jareño. Juzgando por los enigmáticos ó irónicos encabezados de algunos capítulos, el criterio de Zapater parece ser aún más radical que el de Antillón, su paisano. Ignoramos por dónde, según dice el Sr. Gascón, este problema histórico y literario de los Amantes de Teruel

1 Quizás entre los papeles de aquel gran escritor, con tanto amor y celo custodiados y clasificados por su hijo D. Eugenio, se halle aún dicha copia.

pudo convertirse y entrañar para Zapater un asunto de interés que le movió á componer su libro [1].

Don Federico Andrés, que en 1895 quiso mantener la realidad histórica de los *Amantes*, en el folleto que hemos mencionado al principio, procede con un criterio indeciso y aun contradictorio.

Para él la verdad del caso arranca del documento de San Pedro, y que, sin embargo, declara apócrifo en su forma primera y más antigua. Identifica la familia del héroe apoyándose en la falsa genealogía del capitán D. José Tomás Garcés y rechaza como apócrifo el desarrollo del asunto dado por éste mismo, sólo porque no se acomoda al que á él le parece mejor. Impugna, y con razón, los desatinos de Gabarda, y, sin embargo, acepta su versión en otros lugares no menos infundados.

Se apoya en una tradición (que no existe) «y los documentos de la época», es decir, del siglo XIII, y antes había dicho que el único verdadero era del siglo XV. Habla de la identificación de las momias, asegurando dos veces (págs. 22 y 25) que constan sus nombres en «los libros de enterramientos de la iglesia de San Pedro», cuando tales libros no existen ni pueden existir, porque no se llevaban en el

---

1 Tenemos entendido que el mismo Sr. Gascón posee el manuscrito de la obra de Zapater, que tal vez explique este original aspecto y consecuencias de leyenda tan poética.

siglo XIII, ni se empezaron á usar hasta fines del XV, y eso en muy pocas iglesias [1].

---

1 Sólo en nota mencionaremos este otro trabajo que el referido Sr. Andrés *jabona,* y con razón, de este modo:

«D. Manuel Lorenzo D'Ayot, en su poema en prosa *La Iberiada* prometió, al anunciar la publicación de su tercer canto, dedicado á *Aragón*, hacer un estudio psicológico profundo de los Amantes. El Sr. D'Ayot demostró desconocer la historia verdadera de ellos y no hizo más que algunas consideraciones acerca de su muerte, inspirándose en las narraciones que hicieron Hartzenbusch y Tirso en sus dramas; por tanto, ni es estudio psicológico que merezca tenerse en cuenta, ni comete en su relato más que inexactitudes, equivocando hasta el sítio donde acaeció.»

VIII

Verdadero origen de la leyenda.

Si, pues, ni la historia ni la tradición arrojan luz alguna sobre el primitivo origen de la amorosa y fúnebre leyenda de los jóvenes terolenses, ¿de dónde la sacaron Alventosa, Serón, el doncel de Xérica, Artieda, Huerta y los demás que en los siglos XVI y XVII la divulgaron tan profusamente?

Apresurémonos á declararlo. A nuestro juicio, la historia de Marcilla y Segura no es más que una traducción adaptada á España del cuento del Boccaccio contenido en su *Decamerone* [1], bajo el nombre de *Girólamo y Salvestra*. No es que tengan ambos temas una semejanza más ó menos grande, como se ha dicho, es que es la misma historia en todas las circunstancias esenciales, de tal suerte, que no puede dudarse que hay entre ellos alguna relación de dependencia. Júzguese por el

1 Jornada 4.ª, novela 8.ª

siguiente fiel extracto, y compárese con las primitivas formas de la versión española.

Girólamo y la Salvestra se criaban juntos en Florencia, y se aman desde niños; pero él es rico y ella hija de un artesano. Los tutores y la madre del joven, para separarlo de aquellos amores, le envían á París dos años.

A la vuelta halla á la Salvestra casada y olvidada de él. El joven, cada vez más enamorado, se introdujo un día hasta la cámara del matrimonio y, cuando sintió dormido al marido, puesta la mano en el pecho de Salvestra, le declaró quién era y dirigió dulces reproches sobre su olvido. La muchacha, llena de susto, le rogó que se retirase, alegando sus nuevas circunstancias de mujer casada y peligro que corría si despertaba el marido. Jerónimo, sintiéndose morir de pena, rogóle, como último favor, le permitiese acostarse un momento á su lado, aunque sin tocarla, pues estaba yerto de frío, y, obtenido el permiso, se reclinó en el lecho, donde, presa de las mayores congojas, dejó de existir.

Pasado algún rato, sorprendida Salvestra de la quietud y silencio de su amante, hablóle para que se fuese, y, como no le respondía, creyéndole dormido, le tocó el rostro y cuerpo, advirtiendo con espanto que estaba helado. Convencida por otras tentativas de que se hallaba difundo, pensando entre sí cómo saldría del lance, despertó á su esposo y le contó el caso como habiendo ocurrido á otra

persona, y aquél dijo que lo que debiera hacerse era haber llevado el cadáver á la puerta de su casa secretamente y dejarlo allí. Exactamente fué lo que hizo luego que su esposa le manifestó toda la verdad.

En la mañana siguiente, y tras los llantos consiguientes de la familia, fué conducido el cuerpo del mancebo á la iglesia, y mientras se le hacían las exequias, llegó la Salvestra al templo. «Alla giovane che tardi era divenuta pietosa piacque, si come á colui che morto disideraba di veder colui á cui vivo non avea voluto d'un sol bascio piacere.»

A la vista del muerto el antiguo amor de Salvestra resucitó súbitamente; lanzó un grito dolorido, se arrojó sobre el cuerpo del joven y, juntando el rostro con el suyo, expiró allí mismo.

Como no se movía, algunas personas le rogaban, sin conocerla, que se apartase de allí, y ante su silencio, le separaron, viendo entonces que era la Salvestra. En medio de la sorpresa y confusión que el hecho produjo, el marido refirió la forma de la muerte de Jerónimo, y todos los presentes pidieron que ambos fuesen sepultados juntos, como se hizo. «E loro, li quali amor vivi non aveva potuto congiungere, la morte congiunse con inseparabile compagnia.»

Tal es, despojada de varias apreciaciones y pormenores, que aumentan aún la semejanza, la narrativa del cuentista florentino, y dígase si es posible que este cuento sea ajeno á la versión cas-

tellana. Sólo cabe una explicación, si se quiere mantener la autenticidad de la aventura terolense, y es suponer que el Boccaccio tuvo noticia del caso y lo colocó en su libro, compuesto al mediar el siglo XIV. Es lo que han insinuado Hartzenbusch y casi sostenido Fernández-Guerra.

Según ellos, el sucedido de Teruel es de principios del siglo XIII; á mediados del XIV, en que vivía y escribía Boccaccio, los aragoneses dominaban en Sicilia, y de allí fué llevado á Florencia para figurar en aquella indigna galería de obscenidades con que Juan Boccaccio quiso divertir á sus paisanos.

Si las cosas hubieran pasado como suponen dichos escritores, sería, con efecto, la única explicación satisfactoria del hecho. Pero como dista mucho de estar demostrado que el suceso sea cierto, ni del siglo XIII; como las primeras noticias que de él tenemos en España son del XVI, de ahí que la prioridad cronológica lleve en pos de sí la de invención del asunto.

Por otra parte, la adaptación italiana supone una influencia nuestra más allá del Apenino, que no ha existido ni en el siglo XIV, ni en el XV, ni en la primera mitad del XVI, sino al contrario. Después de la conquista de Nápoles, por Alfonso V de Aragón, algo alternaron nuestros poetas con los italianos, y éstos á su vez algo escribieron en castellano ó catalán, aunque siempre bajo la pauta italiana, introducida entre nosotros por Micer Francisco Imperial, el Marqués de Santillana, Juan de Mena,

etcétera; pero entonces hacía ya un siglo que estaba escrito el cuento de *Girólamo y Salvestra*. Mayor fué todavía el influjo de las letras italianas sobre las nuestras en los dos primeros tercios del siglo XVI: testigos Boscán, Garcilaso y tantos otros poetas de aquel tiempo. Por el mismo tiempo empezaron á traducirse é imitarse las obras de los novelistas y sus primeros ensayos dramáticos. Timoneda tradujo y arregló muchos cuentos de aquel país en su *Patrañuelo* y el *Sobremesa*. Alonso de la Vega, Lope de Rueda, Pedro Navarro y otros, escribieron comedias de asunto italiano ó tomadas de autores de aquel país: esta costumbre llegó hasta Lope de Vega y Tirso de Molina, que dramatizaron cuentos del mismo *Decamerón (El anzuelo de Fenisa*, *El halcón de Federico*, *Palabras* y *Plumas, etc.)*.

Los cuentos del Boccaccio corrían traducidos entre nosotros desde fines del siglo XV. ¿Cómo admitir que si éste hubiese tomado el asunto de los Amantes, no lo hubiesen recordado algunos de los que precisamente en Valencia, no lejos de Teruel, tanto explotaban las burlas boccaccianas?

La misma leyenda aragonesa no fué muy popular y extendida hasta la publicación del poema de Yagüe de Salas. No queda más que un ejemplar de la *Historia* de Alventosa; la de Villalba estuvo manuscrita hasta nuestros días; las de Serón y Pedro Laínez lo están aún; Rey de Artieda concedía tan poca importancia al lugar de la acción de

su tragedia, que ni siquiera lo puso en el título. Llamóla *Los amantes*, á secas, para indicar que lo esencial era lo estupendo del acaecimiento y que no importaba hubiese ocurrido en Teruel ó en otro punto. En el poema de Huerta es un breve episodio; aunque ya, por su extrañeza, iba abriéndose camino el asunto, que halló sazón para su gran desenvolvimiento en el poema de Yagüe y obras sucesivas y, sobre todo, en las comedias de Tirso y Montalbán, porque entonces el teatro sancionaba, difundía y popularizaba todos los argumentos, ya fuesen sacados de la poesía ó de la realidad.

Indicio vehemente de que la leyenda española fué nacida al mediar el siglo XVI y formándose trabajosamente en los últimos años y primeros del siguiente nos le ofrece la incertidumbre y variedad con que la vemos tratada en algunas circunstancias no insignificantes de ella.

Villalba lleva el héroe á Italia, confunde las épocas haciendo vivir al rey Boabdil de Granada á fines del siglo XIII. El regreso de Marcilla y su entrada en el aposento nupcial son secretos para todos, incluso para la dama, cuya sorpresa, pues creía á Marcilla muerto, es de suponer.

En Artieda, Marcilla permanece los siete años en Túnez. En Villalba el plazo había transcurrido por muchos meses; en Artieda sólo por una hora ó dos. Marcilla habla durante el día de la boda con Isabel y su marido, á quienes felicita, y á la noche se introduce en la cámara. El motivo que Isabel

alega para que su esposo la respete en la noche trágica es el ejemplo que le ofrece de la continencia de Escipión y de Alejandro; en Villalba es una supuesta dolencia; luego veremos en otros que es un fingido voto.

En estos primeros narradores faltan los nombres de los padres de ambos jóvenes, del esposo de Isabel, y nada se dice de las familias de ninguno de ellos, cosas que tratándose de un suceso local no se hubieran omitido, como no se han omitido los de otros, como, por ejemplo, en la leyenda de D.ª Estefanía *la Desgraciada*, que es muy anterior.

La época es el siglo XIII (á fines), en Villalba; en el siglo XV en Artieda, Huerta, y los poetas cómicos del siglo XVII; hacia 1230 en Yagüe, y solamente en la narración apócrifa y en la inscripción de las momias colocada en el siglo XVIII se fija en 1217.

Ahora bien; esta inseguridad de noticias respecto de pormenores interesantes indica, no la existencia de una tradición robusta y clara y formada de luengos años, sino la inconsistencia propia de un asunto poético, muy notable, eso sí, pero que cada uno se cree en el caso de tratar como mejor le parece. Y gracias á esta libertad, poseemos una obra maestra como el drama de Hartzenbusch, que nada pierde en belleza, aunque el argumento resulte imaginario, temor que acaso le hizo á su creador aceptar con docilidad excesiva las patrañas de Villarroya y de Gabarda.

Viniendo ahora al examen del fondo del hecho, ¿no es verdaderamente pasmoso que en el siglo XIII hubiese ni en Teruel ni en parte alguna dos personas dotadas de sensibilidad tan exquisita á quienes simultáneamente pudiese causar la muerte el verse privadas una de otra? ¿Y qué diremos de los indecorosos é inverosímiles pormenores de la escena de la cama, sea cualquiera la versión que se acepte? Compréndese que el Boccaccio, que no podía dejar de poner alguna nota grosera aun en lances tan poco á propósito como éste, conduzca á su héroe hasta la misma alcoba de la joven sencillamente con el fin de acostarse con ella y hacer una de las más *picantes* burlas de maridos, entre las muchas que hay en sus novelas; pero no se concibe que en una historia verdadera esperase Marcilla tan inoportuno momento para dirigir sus quejas á la ingrata estando el marido presente y en la confianza de que no había de despertarse.

Si el hecho hubiese ocurrido en España habría sido de otro modo, aunque el resultado fuese el mismo; y de otro modo lo hubieran referido Villalba, Artieda, Huerta y Yagüe de Salas. Pasaría como lo cuentan Montalbán, D. José Garcés ó el mismo Hartzenbusch. Cualquiera de las antiguas versiones repugna al buen sentido. Y si las abandonamos, ¿qué queda de la leyenda?

INDICE

Págs.

OBRAS DE D. EMILIO COTARELO Y MORI

EL CONDE VILLAMEDIANA. *Estudio biográfico y crítico con varias poesías inéditas del mismo.* Madrid, 1886, en 4.°, 6 ptas.

TIRSO DE MOLINA. *Investigaciones bio-bibliográficas.* Madrid, 1893, en 8.°, 3 ptas.

VIDA Y OBRAS DE DON ENRIQUE DE VILLENA. Madrid, 1896, en 8.°, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. I. MARÍA LADVENANT Y QUIRANTE, *primera dama de los teatros de la corte.* Madrid, 1896, en 8.°, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. II. MARÍA DEL ROSARIO FERNÁNDEZ *(la Tirana).* Madrid, 1897, en 8.°, 3 ptas.

IRIARTE Y SU ÉPOCA. *Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española é impresa á sus expensas.* Madrid, 1897, en 4.° mayor, 15 ptas.

El supuesto libro de LAS QUERELLAS *del Rey Don Alfonso el Sabio.* Madrid, 1898, en 4.° (Agotado.)

Discurso de ingreso en la Real Academia Española. Sobre las imitaciones castellanas del *Quijote.* (No se ha puesto á la venta.)

DON RAMÓN DE LA CRUZ Y SUS OBRAS. *Ensayo biográfico y bibliográfico.* Madrid, 1899, en 4.°, 20 ptas.

CANCIONERO DE ANTÓN DE MONTORO *(el Ropero de Córdoba),* poeta del siglo XV, publicado por primera vez, con prólogo y notas. Madrid, 1900, en 8.°, 4 ptas.

JUAN DEL ENCINA *y los orígenes del teatro español.* Madrid, 1901, en 8.°, 1 pta.

LOPE DE RUEDA *y el teatro español de su tiempo.* Madrid, 1901, en 8.°, 1 pta.

Estudios de historia literaria en España. Madrid, 1901, en 8.°, 6 ptas.

Cancionero inédito de JUAN ALVAREZ GATO, poeta madrileño del siglo XV. Madrid, 1901, en 8.°, 2 ptas.

Lazarillo de Manzanares. Novela española del siglo XVII, de JUAN CORTÉS DE TOLOSA. Reimpresión y notas. Madrid, 1901, en 8.°, 2 ptas.

Comedia de Sepúlveda (del siglo XVI). Ahora por primera vez publicada, con advertencias y notas. Madrid, 1901, en 8.°, 2 pesetas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España.

III. Isidoro Máiquez *y el teatro de su tiempo.* Madrid, 1902, en 8.°, 6 ptas.

El primer auto sacramental del teatro español y noticia de su autor El Bachiller Hernán López de Yanguas. Madrid, 1902, en 4.°

El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo II. Madrid, 1903, en 4.°

Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel. Madrid, 1907, en 8.°, 1 pta.

Las armas de los Girones. Madrid, 1903, en 4.°

Teatro español del siglo XVI. Catálogo de piezas impresas y no conocidas hasta el presente. Madrid, 1903, en 8.°, 1 pta.

Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España. Obra premiada por la Biblioteca Nacional. Madrid, 1904, en 4.° mayor, 10 ptas.

Efemérides cervantinas, ó sea resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra. Madrid, 1905, en 8.°, 5 ptas.

Teatro popular. Novelas de Francisco de Lugo y Dávila, con prólogo y notas. Madrid, 1906, en 8.°, 3 ptas.

Historias peregrinas. Por D. Gonzalo de Céspedes y Meneses. Con noticias del autor y de la obra, Madrid, 1906, en 8.°, 3 pesetas.

La Niña de los embustes. Teresa de Manzanares. Novela de D. Alonso de Castillo Solórzano. Con introducción y notas. Madrid, 1906, en 8.°, 3 ptas.

Examen de una conferencia acerca de Tirso de Molina. Madrid, 1906, 8.°

Comedias de Tirso de Molina (en la Nueva Biblioteca de Autores españoles). Madrid, 1906, en 4.°, 12,50 ptas.

Novelas de Miguel Moreno y el Alférez Baltasar Mateo Velázquez. Madrid, 1906, 8.°, 3 ptas.

Noches de placer. Novelas de D. Alonso de Castillo Solórzano. Madrid, 1906, en 8.°, 3 ptas.

Casos prodigiosos. Novela de Juan de Piña. Madrid, 1906, 8.°, 3 ptas.

Los grandes calígrafos españoles. I. Los Morantes. Madrid, 1906, en 8.°, 2 ptas.

Las Harpías en Madrid y *Tiempo de regocijo. Novelas de D. Alonso de Castillo Solórzano.* Madrid, 1907, en 8.°, 3 ptas.

Se hallan en la Librería de la Viuda de Rico. Travesía del Arenal, 1.

